

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES. 4 RS.
 POR TRES MESES. . . . 10
 POR UN AÑO. 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA.

POR TRES MESES. . . 12 RS.
 POR SEIS MESES. . . 24
 POR UN AÑO. . . . 50

ADVERTENCIA.

Después de impreso el número anterior, nos ha parecido demasiado grande la letra que usamos en él, y la hemos cambiado en otra igual en tamaño a la primitiva, pero de un ojo mas claro y moderno: así creemos conciliar todos los gustos.

EN EL PECADO LA PENITENCIA.

CUENTO.

CAPITULO II.

LA FERIA.

Tiempo es ya de que demos cuenta á nuestros lectores, de la estación, de la hora y época en que acaecía esta verdadera historia. Muchos Autores que nos merecen gran crédito, entre ellos Joaquín Leonardo Peralta, y Eugenio Gregorio Valverde, aseguran, que el orden y la claridad, es la primera condición para ser comprendido. Así, no se estrañe si entramos en minuciosos pormenores indispensables para la perfecta inteligencia de los hechos que vamos narrando.

Era una placida noche de la Florida Primavera del año de Gracia (Cabañero) de 1580. Don Felipe II monarca de Altamira reinaba á la sazón, vencedor del Turco en Lepanto, y de los Franceses en San Quintín, como su padre lo fué de los mismos en Pavía, Peña—donde se estrelló la altivez de Francia—PORTUGUESES, FLAMENCOS, ITALIANOS inclinaban la cerviz de grado ó por fuerza ante sus victoriosas armas; y la IBERIA, fuerte por la Union, é indomable por su carácter, vaticinaba ya el heroismo de que seria capaz por su Independencia, cuando abandonada por sus Reyes; á la voz de Daoiz y Velarde levantó su erguida frente el Dos de Mayo—y marchando de Victoria en victoria; empujada por sus inmortales Cortes, y dirigida por guerreros tan intrépidos como Espoz y Mina, en la Batalla de Baylen y en otras mil conquistó su Libertad, escribió su Constitución, y supo luego defenderla sosteniendo el vacilante trono de Isabel II en la sangrienta lucha que comenzaron los belicosos NAVARROS y que terminó fraternalmente Espartero (s) en los gloriosos campos de Vergara. Perdonémosle esta ligera digresión, hija de nuestro entusiasmo y afecto al pueblo español.

Era, pues, aquella placida noche, noche de verbena de San Antonio—que entonces se celebraba en los contornos del Altillo—de San Blas, si hemos de atenernos al dicho de Alberto el Grande.

Nuestro viageros, mal encaminados, vagando á la Buena Ventura, subieron por la calle de Leganitos, fueron á salir á la Travesía de Moriana, desembocaron en la calle de Jacometrezo, torcieron por la del Horno de la Mata, atravesaron otras Cuatro Calles, y cuando menos lo esperaban se encontraron en la puerta del célebre ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO de Mellado, que en su anhelo de difundir las luces, publica hasta las cartas que le envían, sin duda para que no quede desconocido el genio de sus autores. Por fortuna salía de allí cierto Factor de la casa de Malpica, llamado Santisteban que iba al CORREO (S), y tuvo la CARIDAD de enseñar el camino á nuestros descarriados Tritones.

A medida que adelantaban, los grupos de los transeúntes, y las conversaciones que al pasar oían, les indicaron que eran noche de zambra y bureo, y todos de común Acuerdo, determinaron asistir á la verbena, para probar desde luego la virtud de los maravillosos polvos.

En consecuencia, desde la Red de—SAN LUIS—siguiendo á la multitud, se dirigieron al Salon—del—

TOMO III.

PRADO—de—San Gerónimo, pasando por la Puerta del Sol.

¡Magnífica era la perspectiva que ofrecía éste! preciosas VISTILLAS para el DIORAMA, POLIORAMA, ó NEO-RAMA de la GALERIA TOPOGRAFICA—de—Recoletos!

La concurrencia era numerosísima: el Barrio nuevo de Chamberí, pues así debe hoy considerarse; los pueblos vecinos de Alcalá, Hortaleza, Fuencarral; los mas distantes de SAN ILDEFONSO—San Carlos—, Arganzuela—San Lucas de Barrameda, Luzon—, Pontejos, Navalon; las ciudades de Valencia, Barcelona, Sevilla, Trujillo (s) SAN SEBASTIAN—y Bilbao, se habian despoblado para acudir á la verbena y á la feria que se habia celebrado el mismo día.

Conviene advertir, que en aquel tiempo el Prado ofrecía un aspecto muy distinto del que hoy tiene: (¡noticia fresca!) Inculto casi en su totalidad, Flora le prodigaba sus dones á mano llena. Un manto de lujosa y salvaje vegetación cubria su vasta superficie. La trepadora Yedra, subia serpenteando por el tronco de la secular Encina y del Olmo gigantesco; el flexible Alamillo crecía al lado del gentil Almendro; y el encendido Granado entretegia su espeso follaje con las tupidas ramas del melancólico Espino y del Sauco odorífero. De trecho en trecho, un Rosal silvestre, una mata de Zarza, y otras mil yerbas y plantas parásitas, embalsamando el ambiente, cubrian á estos árboles con una doble red de flores y verdura.

Individuos de todas naciones, edad, sexo y profesiones,

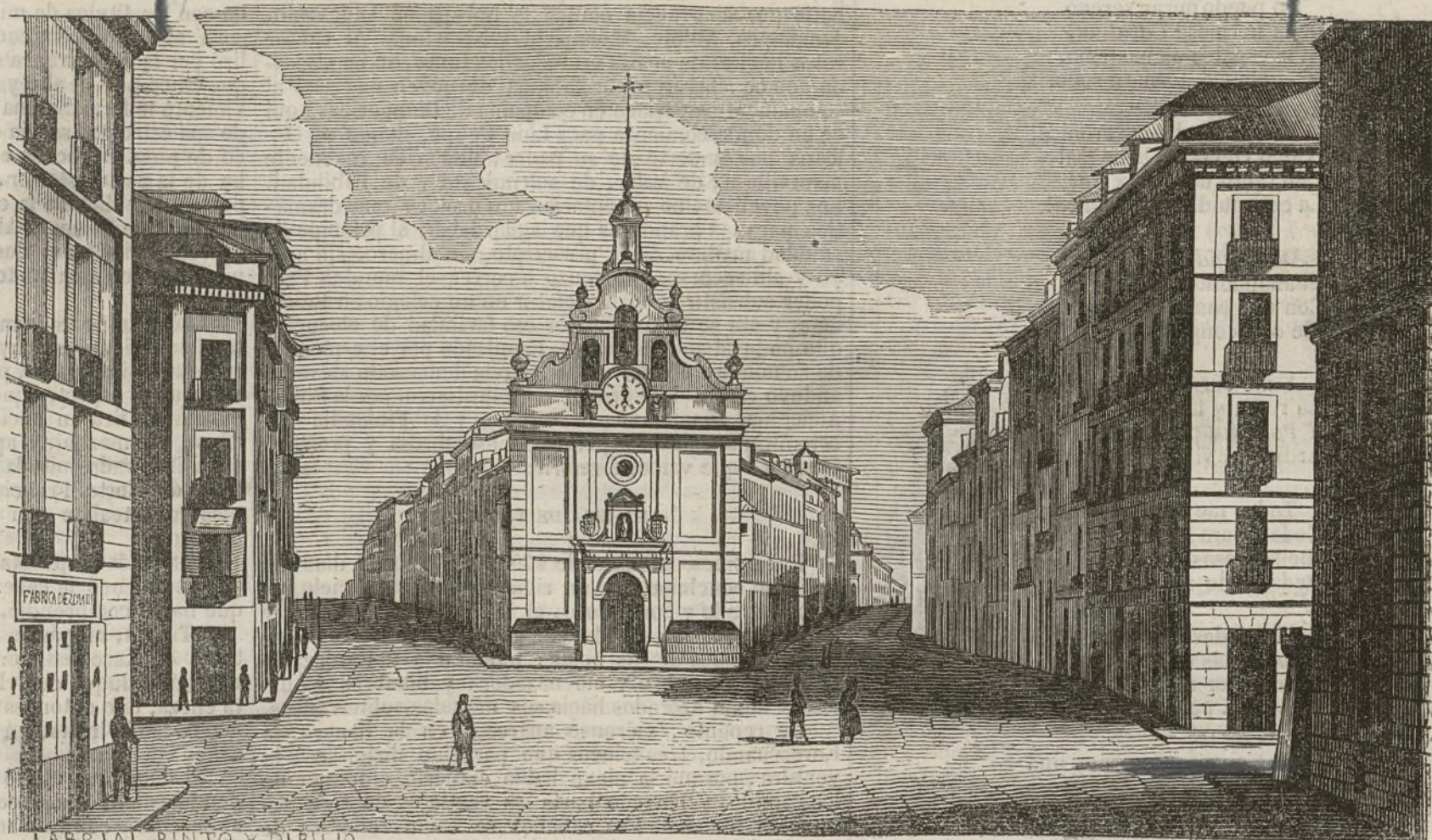
gloriosos ESCLAVOS DEL SANTISIMO CRISTO, heroicos—MARTIRES DE LA FE, como los nunca bien ponderados MARTIRES DE ALCALA—

Aquí un muchacho gritaba: Agua (s) y azucarillos; allí otro pregonaba: refrescos de Cebada y de Limón; otro es: salzaba la buena calidad de sus BARQUILLO (S); mas allá Dos hermanas ponían por las nubes los buñuelos que freían en una Sartén con ayuda de su Comadre—Manuela—Encarnación: Tribulete junto á ellas, el Tío Esteban vendía Aguardiente y licores, y finalmente cerca del BOTANICO frente al OBSERVATORIO METEOROLOGICO varios chicos del Piamonte, al son de una destemplada Murga hacían bailar sobre una especie de tablado á un mico negro como el Carbon, á quien llamaban Cenicero.

Inútil parece advertir que tampoco faltaban Cojos y Ciegos que al amparo del Amor de Dios—pidiesen una limosna con la fórmula de costumbre: Santa Lucia bendita conserve á vds. su Buena vista.

Barracas colocadas en Hileras en figura de Biombo y alumbradas por Velas de sebo ó por Candil (es) nutritos con el jugo del Olivo, ostentaban en grato maridaje abundantes Provisiones de boca. En aquellas Tabernillas ó Ventorillos improvisados, servíanse chuletas de Carnero, Huevo (s) fritos, callos de Toro, ensalada de Lechuga, Berengena (s), Postas de pescado, y Alcachofa (s), sin que faltase para postre Pasa (s), Manzana (s), Fresa (s), y otros frutos.

Las barracas mas elegantes y bien surtidas, eran



J. ABRIAL. PINTO Y DIBUJO.

Vista de la Puerta del Sol en Madrid.

ORTEGA

las de un tal Simon, Bodega de San Martin, dueño del Meson de Paredes, y del célebre Meson de Paños, Gerona.

En la parte opuesta habia algunas mesas de Madera cubiertas de Santos y de Santas de barro, que representaban á la Virgen del Puerto, á la de Atocha, á la de Almudena, y á SAN JOSÉ, San Javier, SAN MILLAN, San Felipe Neri, y á SAN JUSTO Y PASDETOR.

Pero sobre todo, lo que mas llamaba la atención era el gran número de mugeres que allí habia, bonitas y feas, jóvenes y viejas, casadas y doncellas, honestas y del género neutro; encantadoras y deslumbrantes unas, como los bustos del ciertas medallas

«De amarillento y lánguido color»

que salen aderezadas de la CASA DE MONEDA á ser causa de mil desaguisados y horripilantes antipatías; escandalosas (por lo feas) otras, que obligaban á preguntarse á los que pasaban por su lado:—¿Por descuido habrán hoy dejado abierta la CASA DE FIERAS... y á levantar luego los brazos y los ojos al cielo exclamando, Libranos Señor de toda mala tentación!

Sin embargo, nosotros que nos preciamos de galantes con el bello sexo, no podemos resistir al desecho de

dar á conocer el nombre de algunas, (bonitas y feas), copiando al pié de estas líneas una composicion en renglones cortos, asi como versos en forma de *Redondilla* que acaba de descubrir en la *Torrecilla del Leal*, jurisdiccion de las SALESAS NUEVAS y entre un *Rollo* de papeles viejos, nuestro ilustre amigo el señor *Huerta del Bayo*, anticuario de reputacion europea.

He aquí la composicion:

TODAS Y NINGUNA. (1)

Cármén— con sus seductores
Bellos ojos me embelesa
Y con su talle *Teresa*,
Me pone loco de amores.

Gerónima X *Concepcion*
Con la gracia peregrina
De su cuerpo y su.... fascina
Y trastorna mi razon.

Me encanta el pie leve y mono
De la hechicera *Isabel*,
Y sus labios de *Clavel*
Menos dulces que su tono.

La clara tez sonrosada
De la blonda *Margarita*.
Al corazon precipita
Mi sangre toda abrasada.

Me arrebatan los hoyuelos
De las mejillas de *Ana*;
Cálides de nieve y grana
Que á las flores darian celos.

Indefinible placer
Me inspira de *Aguada* pura
La bondad y la dulzura,
Que hasta en Dios hacen creer.

No puedo mirar sereno
De la hermosa *Catalina*,
Ni la espalda alabastrina,
Ni el blanco, tornátil seno.

Antipodas de una crónica,
(Vulgo vieja) me hace mal
Con tanto donaire y *Sal*
La encantadora *Verónica*!

De *Briqida* los modales,
El abandono y desden
Con que camina.... tambien
Me dan congojas mortales.

Y me ofusca y me enagena
La rubia y lánguida *Inés*,
Y *Polonia*, por que es
Ardiente, viva y morena.

Todas me agradan y son
Todas, para mí, divinas,
¡Bellas rosas sin espinas,
Pedazos de mi ilusion!

Si á todas juntas me dan
A todas las tomaré,
A unas por el lindo pie,
A otras... por el que dirán:

Mas si acaso una por una
Me obligasen á escoger
Me podria suceder
El quedarme sin ninguna.

Por que ¡ay! entre tanta rara
Perfeccion me turbaria,
E indeciso vagaria
Sin que á elegir acertara.

¡Yo dejo á *Neron* atrás!....
El quiso en su saña fiera
Que la humanidad tuviera
Una cabeza y no mas

Para tener el plaecer
De cortarla, y yo ¡oh fortuna;
Quisiera reunir en una
Cuanta gracia alcanzo á ver.

Para.... para.... solo en una
Tener cuanto me ha agrado,
Y ser amante y amado
De TODAS Y DE NINGUNA.

Asi termina la composicion, que parece una sátira en vez de una apoteosis, como creimos al principio. Rogamos encarecidamente á nuestras amables lectoras

(1) Esceptuando la *Cármén* y la *Concepcion Gerónima*, todas las demas deben llevar una cruz, sin duda por buenas. Nota del señor *Huerta del Bayo*.

que no vean en su traslado la menor intencion dañina por nuestra parte. No paguen justos por pecadores: narramos simplemente un hecho histórico, y en todo caso el señor *Huerta del Bayo*, nuestro amigo, es quien debe contestar, ya que él ha tenido la culpa de la insercion de las anteriores cuartetas. Sigamos la leyenda. (Se concluirá.)

VIAGES Y AVENTURAS

DE LUIS FELIPE.

La vida política de Luis Felipe no pertenece á la SEMANA, pero su vida de aventuras y de viages, presentan episodios que pueden entrar en nuestro cuadro episódico y literario. Sus viages particularmente presentan la ocasion de revelar una de las leyendas mas curiosas y menos conocidas de este siglo: la de la sabia finlandesa, la *Hija del Troll*.

Luis Felipe nació en Paris el 6 de octubre de 1773; era hijo del duque de Orleans, á quien la primera república dió el nombre de *Igualdad*, sin duda para cortarle mejor la cabeza. El niño tuvo por padrinos á Luis XVI y Maria Antonieta. Su primer preceptor fué el poeta Bonnar, por recomendacion de Buffon; pero cedió bien pronto el puesto á Mad. de Genlis, omnipotente entonces en la casa de Orleans. Aquella muger hábil, tenia un defecto inmenso; carecia de sensibilidad y energia. No podia, pues, hacer una critica mas sangrienta de su discípulo, que diciéndole que le formaba á su semejanza. Bien sabido es el papel que Felipe Igualdad representó en la revolucion. Pagó con su muerte la de Luis XVI votada por él. ¡Plegue á Dios que esta espiacion haya dejado satisfecha su justicia!.... Su hijo primogénito, duque de Chartres, participó al principio de las ilusiones paternales. Siguió el club de los jacobinos, y prestó el juramento cívico en San Roque. Lo mejor que hizo entonces, fué salvar en Vendome á un hombre que se ahogaba. Por esta accion recibió una corona de que envió algunas hojas á madame Genlis. Nombrado por Dumouriez mariscal de campo, con su hermano Montpensier por ayudante, combatió por la Francia contra la Europa en Quievrain, Jemmapes, Valmy, Maestricht y Nerwinda. Al cantar estos hechos de armas en todos los tonos, se ha olvidado que concluyeron por la fuga del joven mariscal al campamento austriaco en compania de Dumouriez. Aqui es en donde comienza para Luis Felipe, duque de Orleans por muerte de su padre, una vida realmente maravillosa, de valor, de sufrimiento y de habilidad. Los novelistas no inventarian un prólogo mas dramático para las grandezas que aguardaban al príncipe en su edad madura. Solo, proscrito, sin dinero, sin apoyo y sin recursos, comenzó á correr el mundo. Para poder subsistir se hizo profesor en un colegio en Reichman, y allí se distinguió por esa facilidad de elocucion que no le abandonó jamás. Espulsado por el esplendor de su nombre de un refugio todavía demasiado elevado, anduvo errante, de destierro en destierro, por la Suiza, Alemania, Dinamarca, la Noruega y la Finlandia. En este último país le esperaba la asombrosa y profética aventura que vamos á referir:

LA HIJA DE TROLL.

Era á fines de marzo de 1795. Los últimos días del invierno concluían con un rigor inusitado. El cielo estaba nublado y borrascoso, el frío era muy intenso, y un viento glacial soplaban con furia por entre los abetos despojados de sus hojas: todo en la naturaleza se presentaba lúgubre y amebrosos, y hombres y animales huían azorados hacia sus moradas subterráneas. De repente, vieron aparecer en la llanura de Karessuando, tres trineos que parecían dirigirse á la ventura, porque la nieve había cubierto enteramente los caminos y borrado hasta los vestigios de toda habitacion humana. Los caballos se caían rendidos de cansancio, y sus conductores procuraban en vano reanimarlos con sus enronquecidas voces y el chasquido de los látigos.

—Maldito país, monseñor, estamos perdidos.... refulnaba uno de los personajes que iban en el segundo trineo.

—Calla, Francisco, le contestó el que había llamado monseñor, infórmate mas bien de si hay alguna habitacion por estas inmediaciones en que podamos refugiarnos.

El cochero interpelado se caló el gorro hasta las orejas inclinandole un poco hacia la izquierda, se limpió la nariz con la manga segun costumbre, tomó su caballo del bocado, y despues de todos estos preparativos, contestó con el tono de una perfecta tranquilidad: —No, no hay en estas inmediaciones ninguna habitacion en donde poder refugiarse.

Esta triste noticia difundió la consternacion entre los viajeros. ¡Nos hallamos perdidos! ¡estamos perdidos!.... exclamaron todos con el acento de la desesperacion.

Mas he aqui que aparece á lo lejos un espectro cuyos ojos brillan como dos ascuas, y cuya velluda mano hace señas á los extranjeros para que se dirijan hacia aquel lado. Sin duda era uno de aquellos enanos tan famosos en las *sagas* del Norte que atraian á sus cavernas á los viajeros extraviados para sacrificarlos á las sombrías potestades.

—¡Francisco!.... dijo el mas joven arrojándose de su

trineo: ya ves que allá bajo nos hacen señas con la mano, es preciso ir.

—¡Por Dios, monseñor, no deis un paso mas! este es el fin del mundo: esa seña que nos llama, es la seña del diablo, la seña del infierno.

El joven se detuvo: el sitio efectivamente era de un aspecto lúgubre y hacia vacilar para pasar mas adelante. Sin embargo, cobró brio y dió aun algunos pasos. El espectro se puso derecho delante de él, y despues, hundiéndose de repente en la nieve, dejó ver á los viajeros una habitacion subterránea. Aquello no era enteramente nuevo para ellos: ya habían encontrado en Tornea y Munioniska aquellas profundas cuevas, cuya puerta era tan baja que para entrar había que ponerse á gatas. Pero la que entonces se presentaba á su vista, se asemejaba mas bien á la madriguera de un oso, que á un refugio humano.

¿Qué partido tomaré?... Y si fuese una caverna de bandidos que me han atraído á ella para asesinar-me.

Asi pensaba el joven viajero, y ya se preparaba á llamar á los demas compañeros, cuando desde el fondo de la cueva, una voz de muger dulce y pura pronunció de repente estas palabras:

—Ciudadano Luis Felipe de Orleans, entrad sin temor.

Mr. Francisco Esteban Colin Guillemot, ayuda de cámara de S. A. R. el duque de Orleans, se arrojó en la nieve, y abrazando las piernas de su amo: —¡Ah! monseñor, todavía no me habeis reprendido bastante, dijo, para no creer ni en Dios ni en el diablo, ahora veo, es preciso venir á este mundo de los espíritus para conocer bien lo que son. No es el demonio el que acaba de pronunciar vuestro nombre....

El príncipe se inclinaba hacia la caverna, como para escuchar la voz que había resonado en sus oídos.

La misma voz volvió á repetir:

—Monseñor duque Luis Felipe de Orleans, entrad sin temor.

Esta segunda invitacion hizo dar un salto á los viajeros.

—Pues bien, entremos, dijo el príncipe; es necesario que yo sepa que boca es esa que habla con tanta pureza nuestra lengua, en este país desconocido: es necesario que vea á esa muger que parece tan familiarizada con los títulos de mi casa.

Y el duque de Orleans, seguido de Francisco se deslizó por la subterránea caverna, la cual no tenía mas que cinco pies de alto y cerca de doce cuadrados. El pavimento le formaba una enorme piedra de granito, uno de sus extremos servia de hogar, y en él ardía un trozo de pino. Revocado el humo por el viento que soplaban de la parte exterior, formaba como una nube tempestuosa, y llenaba la cueva de un vapor mezclado de llamas y de chispas. Algunas veces parecia un respiradero del infierno; dos camas, un banco, una silla y una mesa, componian todo el mueblage, que estaba muy limpio.

El duque no tenía mas anhelo que buscar con la vista al ser misterioso cuya voz y palabras le habían causado tanta impresion, pero no descubrió por entonces mas que al espectro que con la mano le había indicado el camino. Era un anciano de unos setenta á ochenta años, de mezquina apariencia, corta estatura, pero cuya inspirada mirada, revelaba uno de los grandes trolls del Norte. Francisco le tomó por el diablo. A sus pies jugueteaban con fraternal concordia un gato y un oso.

Por única respuesta á las preguntas del duque, el anciano meneó la cabeza, pronunció algunas palabras que nadie comprendió, y salió de la caverna.

—Tuiska, mi padre, no es mas que un pobre habitante de Karessuando: ruega humildemente á S. A. R. monseñor duque de Orleans, que tome posesion de esta choza; dijo entonces la dulce voz que tan graciosamente había invitado á los extranjeros á buscar allí un asilo.

El duque se volvió con presteza hacia el lado donde salía la voz, y se quedó sumamente sorprendido al descubrir con la claridad de la llama en una especie de alcoba, una joven blanca y pura, como jamás se le había presentado en los suntuosos salones de las Tullerías, ó en las frescas alamedas de Versalles. Vestía un traje de lana de Finlandia con listas azules y encarnadas; sus cabellos castaños caían sobre sus hombros formando sedosos rizos, sus azules ojos eran muy brillantes, y en toda su persona había un encanto de juventud indefinible.

El príncipe la saludó con el mismo respeto que le hubiera hecho á una princesa de la sangre.

—Monseñor, prosiguió ella siempre en francés: aguardábamos ya hacia mucho tiempo. Ayer noche las ocho y tres cuartos, mi padre me dijo: voy á buscar á ese ilustre extranjero, porque el timon de su trineo se ha roto, sus caballos están muertos de cansancio, y la tempestad que amenaza pudiera serle fatal. Mi padre es un sábio que me dicta lo que su *Haltia* le inspira.

—Vuestro padre es en efecto un hombre bien extraño, pero lo que todavía me parece mas, es que sea vuestro padre.

—Toini no es la hija de Tuiska.

—Mi presentimiento me lo decia. Tan hermosa flor no podía haber nacido en este horrible desierto.

—Príncipe, no insulteis al desierto; las montañas solitarias y los silenciosos bosques tienen tambien sus encantos. ¿Sabeis que durante tres meses del año, podemos leer por la noche sin luz artificial?... Entonces no se oculta el sol en el seno de la tierra; la toca lige-

ramente como si la diera un ósculo amoroso, y se eleva radiante sobre el horizonte. No cambiaríamos las auroras boreales de nuestros inviernos por vuestras pesadas nieblas de diciembre. Conozco también vuestra Francia, monseñor, porque lo fué mia en otro tiempo.

—Jóven extraordinaria, decidme, ¿quién sois?....

—¿Y qué puede interesaros eso?

—Os lo suplico.

—Mi padre es el judío errante; ya ha pasado dos mil años, pero yo no he cumplido todavía tres siglos. El duque miraba con atención a la jóven.

—¿Está en su juicio?.... decía para sí mismo.

Pero acercándose a él Guillemot, le dijo: escuchad, príncipe mio; creo que obraríamos cuerdamente retirándonos cuanto antes de esta diabólica guarida.

—Te chaceas.... he ahí a nuestro patrón que trae a nuestros compañeros.

En efecto, el anciano Tuiska entró en la caverna seguido del conde de Montjoie y de los otros dos viajeros que acompañaban al duque de Orleans.

—Buenas tardes, querido conde, dijo el príncipe; me parece que no esperabais encontrarme cerca de una buena lumbre, conversando con una hechicera, con una hada, que habla el francés mejor que nosotros.

Mientras que el conde Montjoie refería sus aventuras, Toini sirvió la cena, que consistía en un pedazo de reno ahumado, en pescado seco, y leche cocida.

—Hermosa Toini, dijo el duque al fin de la comida, según vuestra propia historia, no hay nada en el mundo que pueda interesar tanto como ver a vuestro padre en éstas. Cuando se encuentre en este estado, sin duda debe leer en lo pasado y en el porvenir, y sobre ambos puntos tengo que pedirle datos y aclaraciones.

—Voy a participarle vuestros deseos, dijo Toini, pero no os prometo que os satisfaga.

—¿Podría decidir esto a vuestro padre? dijo el conde de Montjoie sacando un bolsillo.

—Guardad vuestro oro, señor conde, mi padre para nada lo necesita.

Entablóse un largo coloquio entre el padre y la hija: el anciano Tuiska, parecía que resistía tenazmente a sus instancias, pero por fin Toini le convenció.

Entonces, el troll, avanzó magestuosamente hacia el centro de la habitación, y con ademán solemne hizo señas a los extranjeros para que se sentasen en el banco, a lo largo de la pared.

—Monseñor, dijo Toini, mi padre exige desde luego que os despojeis de cuanto hierro y acero lleveis.

—¿Muerte de mi vida!.... ¿quitarnos nuestras armas? exclamó Guillemot asustado.

—Necio cobarde, replicó el duque, ¿qué tenemos que temer de esta jóven y de este anciano raquítico?.... Vamos, ejecutadlo, y vos también, señor conde.

El anciano, tomó los objetos de los viajeros, y los guardó debajo del pavimento: después comenzó sus invocaciones, pero de repente, pareció inquietarse.

—¿Señor conde, llevais todavía acero? le preguntó Toini.

El conde, un poco confuso, sacó del pecho un puñal que llevaba siempre oculto.

—Ese caballero, tampoco ha entregado todo su acero.

—¿Yo? dijo Guillemot.

—Sí, respondió sécamente Toini.

Efectivamente había conservado un saca tapon.

Cuando el troll hizo desaparecer de este modo todos los obstáculos, se lanzó a carrera abierta por las vías de la inspiración, y la jóven traducía fielmente las palabras sublimes que salían de su alma.

—Mi espíritu me transporta gritaba; mi deseo se eleva en mi pensamiento, quiero comenzar rimas, quiero cantar.

Hombre sabio, dijo entonces el duque de Orleans: tengo una madre, y esta madre se llama la Francia: está enferma; pérfidos médicos conspiran contra su vida. Decidme ¿cuál será su destino?....

Y el anciano Tuiska, cuyas palabras habían respirado hasta entonces calma y melancolía, se exaltó de repente. Su afluencia llegó a ser punzante é impetuosa, su gesto convulsivo, y sus ojos despedían un brillo salvaje. Todo su ser se transformó, y era evidente que se había apoderado de él el espíritu del *tietaja*. Así es, que los franceses que en un principio le habían escuchado con una sonrisa de incredulidad, no podían menos de concebir ya cierto temor religioso. Por su parte, la hermosa Toini que se hallaba en relaciones mas inmediatas con el troll, iba adquiriendo gradualmente su mismo entusiasmo: estaba anhelosa, descompuesto el cabello, y se hubiera creído que era una de aquellas sibilas, cuyos frenéticos trasportes refieren los sagas del Mediodía.

—Tu madre está enferma, repuso el hechicero. ¡Cuán grande es tu audacia, ó enfermedad, pues te has atrevido a atacarla!

—Oh Ukko, tú que te apoyas en el eje del mundo, tú que habitas sobre las nubes, que producen el trueno y lanzan el rayo, trae aquí tu espada de fuego, para herir al cruel que me atormenta, para arrojar lejos de mí y para siempre a mi enemigo.

—Oh ¡bosque! ven con tus soberbios animales, ven con todo tu pueblo. Perkele, ven con toda tu casa. Lago, ven con los hijos de tu raza. Que cien guerreros se levanten con sus espadas, que mil héroes corran a defender al débil, al desgraciado!

—Pero si esto no es todavía bastante, ¿qué otro poder invocaré? Hay en el mundo hombres, hijos de los antiguos siglos, hombres eternos!... Salid de la tierra, oh madre de la tierra!... Salid del campo, Señor eterno, levantáos todos los que llevais espadas, todos los que montais fogosos corceles, venid a destruir el mal que me

oprime y me aniquila, venid a triunfar de mis dolores!»

A medida que Tuiska iba aumentando sus fervorosas invocaciones, su voz era mas impetuosa, y sus gestos mas frecuentes y violentos: golpeaba el suelo con los pies, y daba palmadas con las manos: erizábanse los cabellos en su cabeza, y arrojaba espuma por la boca.

—Diviso a lo lejos, continuó con una voz profunda pero interrumpida, diviso una tierra cubierta de verdor y radiante de hermosura, (la Francia). Espesos bosques, montañas elevadas, llanuras con ricos frutos. ¡Qué ciudades tan magníficas se elevan por todas partes! ¡Pero ay! los rios que las bañan, están enrojecidos con la sangre, y los manantiales también brotan sangre (el terror).—Un humo negro y espeso envuelve las deliciosas quintas y los palacios.—Los hombres van armados con hachas y cuchillos.... ¿Cuál es ese grupo siniestro que va avanzando?....—Los ejércitos pelean, y el caballo de la muerte galopa de fila en fila: (la guerra europea).—¡Horror! ¡horror!—Pero diviso un jóven con su frente resplandeciente como las estrellas.—Se lanza al combate, derriba y pone a los pies de su caballo a la multitud envidiosa de su gloria.—Y héle ahí sobre un trono, (Napoleon).—Eso es hermoso, es divino!....—La multitud, todavía refunfuña. Las piedras de la diadema se rompen, y la serpiente que allí estaba oculta, va a morder en el corazón al héroe que la lleva.—El fuego devora la tierra.—El Norte se desquicia: (la invasión).—Buitres espantosos persiguen al águila vencedora hasta su palacio de nubes, y cae desde él con mil heridas, como se estingue un globo de fuego en medio de una tempestad.—Y la tierra vuelve a recobrar su verdor, y las hojas se despojan de su capa de sangre, para tomar su antiguo adorno, pero se encuentran llenas de las plumas del águila que ha caído, (la restauración).—¡Plumas maravillosas!... hombres nuevos se apoderan de ellas, y escriben una historia, una historia eterna.—Y sin embargo, la mar embravecida no ha aplacado todavía sus borrascas.—Cae un trono, y un anciano se ve precisado a emprender la fuga (la revolución de julio).

—Un jóven príncipe, que veo allí, enfrente de mí, se adelanta en las alas del destino, como el genio de la paz del mundo.—El es el que volverá a poner en manos de los héroes las plumas de la grande águila, para que puedan continuar la interrumpida historia. Mas he aquí, que la tormenta vuelve a comenzar, (la revolución de febrero) las nubes derraman sangre.—El niño levanta sus inocentes brazos desde lo alto del trono, y el cielo se halla oscurecido por las negras alas de una inmensa multitud de cuervos. (1) ¿Qué quiere decir esa señal? Pero las sombras envuelven mi pensamiento, mi espíritu me abandona? ¡adios; extranjeros, adios.

Y el anciano calló, y cayó anonadado al suelo, del cual no se levantó hasta que transcurrieron algunas horas de un sueño convulsivo.

Tres semanas después de la escena que acabamos de describir, encontramos todavía a los ilustres viajeros en Karessuando.

—No me extraña, decía Guillemot para sí, que monseñor se halle aquí contento. ¿Qué mala estrella ha colocado en nuestro camino a esa asombrosa sirena?... Yo mismo estoy enteramente hechizado.

Sin embargo, los viajeros encontraron en las inmediaciones una habitación mas cómoda que la caverna del troll; pero Guillemot tenía razón; el duque visitaba con mucha frecuencia aquella cueva, y le veían también pasear a menudo con Toini por las montañas.

Una hermosa tarde de abril andaban los dos por las orillas del Muonio, y el descendiente de esa raza real, que reinó hace cien siglos en el pueblo mas caballeresco de la tierra, conversaba familiarmente con una pobre jóven de Finlandia, y la decía:

—Vos sois francesa, Toini, y además parisiense. Hace largo tiempo que lo he adivinado, por vuestro lenguaje, y vuestra pronunciación tan pura. Mas decidme ¿en qué consiste que vuestros labios pronuncian con frecuencia el nombre de Antonieta.

—Era mi nombre. Me le habían dado como a la reina, porque....

—¿Por qué?... ¡Oh! proseguí, os lo suplico; estoy impaciente por saber quien sois.

—Porque la reina era mi madrina....

—¡Dios mio!.... ¿a quién encuentro yo aquí, con ese tosco traje, y en estos sitios tan agrestes?... ¡Destino, cuán crueles son tus juegos!....

—Menos crueles aun que los hombres, monseñor. Mi madre era camarista de la reina María Antonieta; era hermosa. Vos debéis de haber visto esa tez de una blancura admirable, y esa expresión indefinible de nobleza, que solo se encuentra en las antiguas familias de Normandía. Un príncipe de la sangre, concibió una ciega pasión por mi madre, que tuvo la debilidad de amarla a su vez y debió ocultar conmigo su desgracia, acudiendo a la fuga. Veinte billetes nos persiguieron de asilo en asilo, con esta palabra fatal: «Venganza.»

Cuando llegamos al Havre «Antonieta, me dijo mi madre, es necesario abandonar la Francia, por que en vano buscaremos en ella el reposo. Vámonos al puerto y entremos en el primer buque en que quieran recibirnos. Nos admitió a bordo un honrado piloto, sin informarse de nuestro nombre, ni del objeto de nuestro viaje, y algunas semanas después llegamos a una ribera de que jamás habíamos oído hablar, estábamos en Finlandia, en Uleaborg.

—¿Y los billetes, los billetes? exclamó el duque de Orleans.

—¿Los billetes?... ¡gran Dios! ¿para que hablar de ellos? Mi madre muy amada, hace cuatro años que duerme en eterno sueño en el cementerio de Uleaborg. A mi, pobre y desvalida jóven, me ha recogido el bondadoso Tuiska, me ha consolado, y en estos desiertos cubiertos de nieve, me sirve de padre.

Tomad este medallón, príncipe mio, prosiguió Toini; es la única herencia que he recibido de mi madre; es mi mayor tesoro: encierra un pedazo de la verdadera cruz. Mientras lo lleveis sobre vuestro corazón no temeréis ni al agua, ni al fuego, ni al aire, ni a las balas, ni al puñal de los asesinos.

—Gracias, hija mia, este medallón querido no me abandonará un solo instante de mi vida. Pero dejadme también ver las cartas.

—¿Por qué os poneis pálido, príncipe mio? Ved ahí los billetes.... los llevo siempre conmigo. En ellos hay envuelto un rizo de los cabellos de mi madre, de mi pobre madre!...

El duque de Orleans tomó las cartas y las abrió con avidez.

—¡Oh infierno! exclamó, ¿es la letra de mi padre!...

Al regresar de incógnito de Finlandia a Noruega, el príncipe proscrito se creyó vendido y perdido. En las cercanías de Cristiania, un cochero comenzó a gritar: *el carruaje del duque de Orleans*. El príncipe, bastante dueño de sí mismo, observó que felizmente aquel hombre no le miraba y le preguntó como simple curiosidad por que decía aquello.

—Cuando yo estaba en París, le contestó el cochero, sin conocerle, nunca salía del teatro de la Opera, sin oír gritar: *el coche del duque de Orleans*. Me he acordado de esa voz, y la he repetido sin objeto alguno. El príncipe respiró y prosiguió su camino.

Reconocido y amenazado en Stocolmo, Luis Felipe pasó de la Germania a América (1796). Sus hermanos Montpensier y Beaujolais se unieron a él para rescatar la cabeza de su madre, presa desde 1793, y los tres recorrieron juntos el Nuevo-Mundo. Washington los recibió con bondad en su posesión de Montvernion. En las regiones salvajes, el duque de Orleans salvó la vida a un anciano, sangrándole como oportunidad, lo que hizo que los yankees le mirasen como a un dios. La divinidad viajaba a pie, albergándose en las posadas mas modestas, pagando su hospedaje en las poblaciones ó su flete en las embarcaciones, con lecciones de dibujo, de ortografía y de lenguas, acostándose por lo comun sobre paja con los pies hacia la lumbre.

En Baisdstown, un posadero, prevaleciéndose de la hora, rehusó abrir la puerta a los tres príncipes, por su exterior humilde, (Luis Felipe estaba entonces bastante malo) y los dejó, para acudir a un espectáculo a que no quería faltar aun cuando llegase a su casa un rey, según dijo. Cuando llegó a ser rey, treinta y cuatro años después, Luis Felipe envió un hermoso reloj a Baisdstown, recordando aquella aventura al obispo Flaget.

Habituó en los wigwangs de los indios seneguanos, y allí perdió a su perro Franz; volvió a buscarle por medio de mil peligros, vió la catarata de Niágara, siguió sus orillas con el equipage a la espalda, equipage menos pesado que la dignidad real, (como después ha confesado): pasó catorce noches en los bosques, atormentado por los insectos, espuesto a ser devorado por los osos y las serpientes, calado hasta los huesos, y comiendo un poco de tocino salado, y pan de maíz (4). En Filadelfia le sorprendió la fiebre amarilla. Sin un escudo para continuar su viaje, se dirigió al Oeste de la Union con algun dinero que le envió su madre: dió una gran caída en Carlisle y se sangró él mismo en un figón: los habitantes le suplicaron que ejerciese allí la medicina, se embarcó para la Habana en 1798 y volvió a Europa, cuando Bonaparte ponía coto a la revolución.

Luis Felipe, conservó toda su vida en su memoria de un modo prodigioso hasta las menores circunstancias de sus lejanas correrías. Preguntóle últimamente un inglés en qué época había salido de Hamburgo. «El 24 de setiembre de 1796, le respondió sin vacilar, a bordo del *Americano*, capitán Ewingt. La travesía duró veinte y siete días.»

Bien conocido es su regreso a Francia, su conducta en tiempo de la restauración, su elevación al trono por una sublevación, su caída por una causa igual, y su muerte en el destierro, semejante al rey a quien había remplazado. Estas grandes lecciones de la Providencia pertenecen a la política y bajo este concepto deben ser extrañas para nosotros.

EL JARDIN DE LAS PLANTAS.

El jardín de las plantas en París es uno de los establecimientos que mas llaman la atención entre tantos dignos de ella como hay en aquella populosa ciudad. Es, según su nombre lo indica, equivalente a lo que en Madrid llamamos *jardín botánico*, solo que el de París, a quien hemos querido imitar en el nuestro, encierra en su recinto la casa de fieras y animales raros, el gabinete de historia natural y lo demás análogo a la enseñanza de las ciencias naturales en todos los ramos, con sus correspondientes cátedras, gabinetes, anfiteatros, etc.; y es además un paseo muy concurrido abierto al público.

(1) Carta del duque de Montpensier a la princesa Adelaida.

co todo el año. No vamos á hacer ahora una descripción de este vasto y suntuoso jardín sobre el que se han escrito multitud de volúmenes; vamos únicamente á decir de que manera se formó, y á dar una sucinta noticia de la familia de los Jussieu, á cuyo nombre va unida la historia de sus progresos. Los lectores de LA SEMANA á quienes hemos prometido artículos sobre todos los ramos del saber humano, no llevarán á mal que les hagamos conocer estos célebres establecimientos extranjeros y los hombres que los han dado lustre, por que el mérito y el talento es patrimonio de todos los países.

A la firme voluntad y á la perseverancia de un solo hombre se debe la creación del Jardín de las plantas. Guido ó Vito de la Brosse, uno de los médicos de Luis XIII, celoso al ver que varias poblaciones y particulares poseían colecciones de plantas vivas, concibió el proyecto de hacer que se estableciese en París un jardín público en donde se reunieran las plantas de todos los países, para cultivarlas y hacer su demostración: tal es el origen del Jardín de las plantas, que en un principio no fué mas que un modesto terreno de doce fanegas de tierra del marco de Toledo, ó sean veinte y cuatro francesas, con dos entradas á la espaciosa calle del arrabal de San Víctor, y que se componía de muchos compartimientos, patios, bodega, lagar, jardines, bosques y montecillos, viñedo, cipreses, árboles frutales y de otras clases. Esta propiedad que dependía en parte de los religiosos de Santa Genoveva, y en parte del feudo de Coppeau, fué adquirida en nombre del rey por los superintendentes de hacienda, mediante la suma de sesenta y siete mil libras.

El emplazamiento ó sitio fué muy bien elegido, pues que el jardín botánico, ha quedado en el lugar en donde primero fué establecido, y ha podido irse extendiendo segun ha sido necesario. No sin trabajo pudo la Brosse llevar á cabo su proyecto; fué contrariado de mil modos, especialmente por la facultad de medicina, que entre otras dificultades, se opuso formalmente á que se enseñase la química en París, puesto que por sentencia del Parlamento, se había prohibido, por causas y consideraciones que estimó justas.

La firmeza y maravillosa actividad de la Brosse, triunfaron de todos los obstáculos: en menos de un año consiguió reunir mas de mil ochocientas plantas, y en poco tiempo duplicó aquel número. El Jardín de las plantas fué abierto en 1640 y ya el plano de aquella época ofrece un hermoso parterre dividido en ocho cuadros principales, rodeados de numerosos plantíos.

Los sucesores de la Brosse no imitaron su celo y el jardín quedó descuidado y sin plantas hasta la llegada de Fagon, sobrino de la Brosse, que habiendo nacido en el mismo Jardín de las plantas, había cobrado grande afición á la ciencia. Fagon fué el restaurador del jardín real, enseñó allí química y botánica y al mismo tiempo desempeñó con brillantez el cargo de médico de cámara.

El ministro Colbert hizo importantes reformas en la administración de las rentas del jardín y prestó un gran servicio á la ciencia con la adquisicion de dibujos de plantas y animales del gabinete de Gaston de Orleans.

El año 1683 es una época memorable para el Jardín de las plantas por la llegada del célebre Tournefort que Fagon trajo desde el centro de la Provenza y en quien resignó su cátedra de botánica.

Tournefort no solo acumuló inmensas riquezas en el jardín, producto de sus viajes por España, Portugal, Inglaterra, Holanda, Grecia, Asia y Egipto, sino que hizo una revolucion en la ciencia con la publicacion de sus *institutions royales herbaries* en 1700.

Dos discípulos de Tournefort, Morin y Vaillant, admiradores de las obras de aquel gran botánico, y apasionados como él al estudio de las plantas, hicieron igualmente señalados servicios al jardín: á instancias de este último, Fagon hizo construir en 1714 y 1717, dos invernaderos cuyos tubos estaban colocados debajo de tierra, segun el nuevo método practicado en Holanda, y de este modo se pudo cultivar mayor número de plantas de los países próximos al Ecuador.

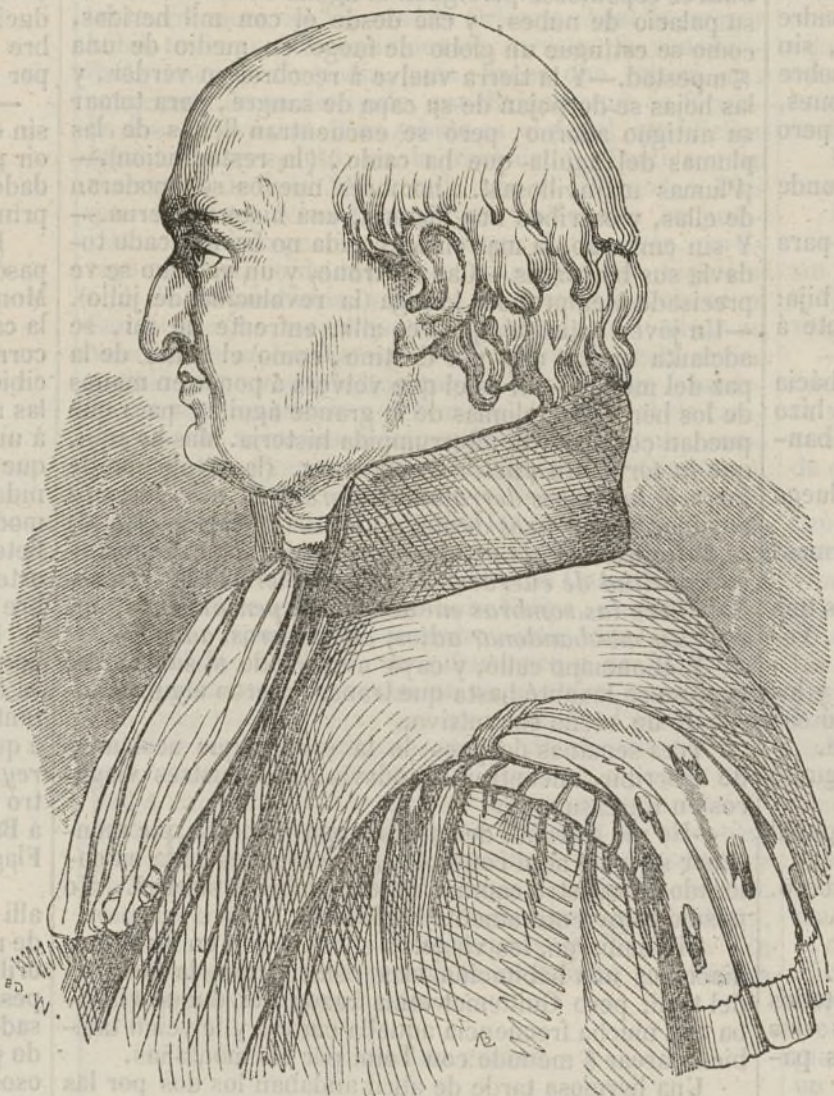
Ya hemos llegado á la época de los Jussieu. Despues de la muerte de Tournefort, ocurrida en 1708, Fagon buscaba un hombre digno de reemplazarle; presentose á él Antonio Jussieu, el mayor de los hermanos, y por decirlo así, el precursor del célebre Bernardo, de quien data verdaderamente la esclarecida reputacion de esta familia de sabios. Antonio de Jussieu, exploró nuevamente la España y Portugal, y no debe olvidarse que en 1719 remitió un pie y granos de café al caballero Desclieux, que trasladó aquel arbusto á las Antillas, y le aclimató allí hasta tal punto que llegó á ser la cepa ó raíz del que se cultivaba en aquellas islas.

Bernardo de Jussieu, sucedió á Vaillant en 1722; Fagon gozaba ya entonces del fruto de su celo y sus desvelos; las tres cátedras del jardín estaban desempeñadas por tres sabios justamente apreciados: Antonio de Jussieu enseñaba la botánica, Geoffroy la química y materia médica, y Duverney la anatomía; á estos catedráticos auxiliaban unos demostradores en cuyo número se contaban Bernardo de Jussieu, Boulduc y Lapeigrone. Tal era poco mas ó menos el estado del jardín y del personal en 1720, comprendiendo en este último

á un jardinero director del cultivo, los pintores y los empleados en los gabinetes.

Despues de Fagon, la superintendencia del jardín se confirió á Poirier, como primer médico del rey Luis XV. Pocos dias desempeñó sus funciones, y le reemplazó Chirac, en cuya administración el jardín estuvo muy descuidado. Despues de su muerte fué para siempre separada la direccion, de la plaza de primer médico de cámara, y el rey con el nombre de intendencia se la confió á Dufay, individuo de la Academia y amante ilustrado de las ciencias. Dufay es acreedor á la gratitud por los regalos que hizo á los gabinetes, pero sobre todo por haber pedido que Buffon fuese su sucesor.

Llegamos ya á las épocas modernas de la historia del Jardín de las plantas. Colocado Buffon á la edad de 32 años al frente de aquel establecimiento, hizo en el mejor momento, y le llenó del esplendor de su nombre: formó la base de un nuevo plantío de naranjos, á continuacion de la cerca que todavia subsistía, ensanchó los gabinetes á espensas de su misma habitacion, y al mismo tiempo que trazaba con grandes gastos la historia de la naturaleza, encargaba á su compatriota y amigo Daubenton, que revisase, comparase y describiese todas las piezas de las colecciones. Abrieronse las salas para el público tres dias á la semana, y Daubenton que se hallaba presente, estaba encargado



Bernardo Jussieu.

de responder á todas las preguntas y dar cuantas aclaraciones se le pidieran.

En 1760, el establecimiento tuvo muchas pérdidas; murieron sucesivamente Lemery, hijo del célebre químico del mismo nombre, Winstow, Duverney, sobrino del célebre anatómico, y Antonio de Jussieu que desempeñaba la cátedra de botánica hacia cuarenta y nueve años. Lemonnier fué el encargado de reemplazarle; parecia que aquella cátedra no debia salir de la familia de los Jussieu, así es que el mismo Lemonnier, dió pasos para que se la confiriesen á Bernardo, de quien habia sido discípulo: pero este, habituado á unas funciones que le agradaban y que desempeñaba ya hacia mas de treinta años, no pudo resolverse á abandonar sus escursiones por el campo, prefirió su modesta plaza de demostrador, y continuó disponiendo las plantas en la escuela del jardín, como lo habia hecho para su hermano.

Otro individuo de la familia de los Jussieu, aunque menos conocido que los anteriores, se dedicó tambien á la misma ciencia que debia hacer ilustre á aquella familia. Su hermano menor, José de Jussieu, fué agregado en 1735 á los académicos encargados de ir al Perú, para medir bajo el Ecuador un grado del Meridiano: recibió el encargo de estudiar la historia natural de los países que debia recorrer, y de remitir al jardín cuantas semillas y objetos útiles ó curiosos pudiese recojer. Se le debe el heliótropo odorífero que ahora se cultiva por todas partes y que es universalmente buscado por su flor.

De cuantos profesores existían en el establecimiento cuando entró en él Buffon, solo subsistía en 1760 Bernardo de Jussieu. Dirigia siempre el cultivo del jardín, y todos los años por la primavera, recorria los campos á la cabeza de sus discípulos.

En 1770, Lemonnier, encargado de suplir á Senac cerca del rey Luis XV en Versalles, tuvo que renunciar

las funciones de catedrático de botánica, é hizo que le reemplazasen Antonio Lorenzo de Jussieu, sobrino de Bernardo: de este es de quien Mr. Flourens ha hecho el elogio cuyos trabajos ha apreciado tan perfectamente.

Sabido es que los primeros fundamentos del método natural, que hizo una revolucion no solo en el estudio de las plantas, sino que tambien la mayor parte de sus principios han sido aplicados á las demas ciencias, son debidos á Bernardo de Jussieu: en los jardines de Trianon, fué donde hizo el ensayo de su clasificacion de las plantas y familias naturales; á él, pues, pertenece la primera idea de clasificar las plantas segun la analogia de sus principales órganos, segun la consideracion de sus partes verdaderamente importantes y esenciales, y no por la analogia de las partes accesorias, como el número de los pétalos ó la disposicion de los estambres: idea grande y fecunda y verdaderamente filosófica, la única que hace una ciencia real de esos métodos, con arreglo á los cuales, los seres de la naturaleza se hallan distribuidos en cierto orden; es el pensamiento mismo de la naturaleza, si puede decirse así, es el orden que ella misma ha seguido en la organizacion de la cadena no interrumpida de los seres, sustituida á las reglas arbitrarias que hasta entonces habian servido para el establecimiento de los grupos y de las clases; pero esta idea fué bien pronto adoptada para el estudio de los diversos ramos de las ciencias naturales, y puede decirse, que solo desde aquel momento quedó establecido el orden, no en la naturaleza que no necesita de todas esas clasificaciones y divisiones, sino en nuestra manera de considerarla, y de abrazar sus producciones.

Nada rehusamos, pues, á la gloria que redundaba en el hombre de talento, á Bernardo de Jussieu, pero al mismo tiempo que se le da la parte que merece en los servicios prestados á la ciencia, y en el esplendor del nombre que ha inmortalizado, no debe ser á espensas de los demas individuos de esta ilustre familia, ni atribuirse á su sobrino la que le corresponde, para atribuirse á él. La familia de los Jussieu es bastante rica en nombradía, para que cada uno pueda poseer una buena parte, sin perjudicar á nadie: así es, que Antonio Lorenzo, no dejó de ser por eso, el siempre célebre autor del *Genera Plantarum secundum ordines naturales disposita*, y no debemos olvidar que todo el mérito de aquella obra no consiste en el orden sistemático adoptado por el autor. Lo que los botánicos aprecian mas en ella, es la admirable sagacidad que preside á todos los pormenores, sus caracteres trazados con tanta claridad, el acertado uso de los que hasta entonces habian sido olvidados, la justa apreciacion de su valor, y ese instinto tan verdadero de las afinidades naturales, que sospecha la verdad, casi siempre cuando no la establece: he aqui lo que quedará á despecho de todas las mudanzas de sistemas: el orden de las familias será modificado: unas serán divididas: otras, quedarán reunidas, y los géneros serán trasladados de un grupo á otro: mas no por eso, el *Genera Plantarum*, dejará de ser el verdadero código de los botánicos, y formará eternamente la gloria de su fundador.

Ademas, Antonio Lorenzo de Jussieu, habia formado la parte de Bernardo, y aun la suya propia en las notas que redactó en 1777 para suministrar á Condorcet, los materiales para el elogio que preparaba para su tío. Bernardo de Jussieu, dice, al examinar los caracteres de las plantas, observó que unos eran mas generales que otros, y debian formar las primeras divisiones. Despues de apreciarlos sucesivamente, reconoció que la germinacion del grano, y la disposicion relativa de los órganos sexuales, eran los dos principales y los mas invariables: los adoptó, y sin establecer clases fijas, dispuso segun aquel plan, una serie de órdenes ó familias, que corresponden á las secciones de los otros métodos, y que en vez de componerse como ellas de un solo carácter, están aisladas en la reunion de muchas. Esta colocacion, puede compararse á los *ordines naturales* de Linneo. Estos autores se han contentado con dar un catálogo de los géneros que se aproximan en diferentes puntos, sin explicar los motivos que les han decidido á colocar un orden antes que otro, y á un género bajo un orden determinado. Estos dos colocaciones pueden mirarse como problemas, cuya resolucion han dejado sus autores á los botánicos.

Los catálogos de Trianon, demuestran que Bernardo de Jussieu, fué el que sentó el principio de la subordinacion de los caracteres, y el que determinó los que debian figurar en primera linea: paso inmenso en la carrera, y que por sí solo es suficiente para enaltecer al que le ha dado; pero como ya hemos dicho, no es todo el *Genera Plantarum*.

No queremos escribir la biografia completa de los Jussieu, pero antes de dejar á los dos fundadores del método natural, Bernardo y Antonio Lorenzo, no carecerá de interes, el recordar algunos rasgos de su vida. Bernardo, es seguramente el tipo de los sabios modestos, é indiferentes á su propia gloria: apasionado por la ciencia que ilustraba con su talento, no se afanaba por asegurarse la posesion de sus descubrimientos. Con tal que los hechos fuesen adquiriendo publicidad, y de que la ciencia marchase, le importaba muy poco que se le atribuyese ó no el mérito: así es, que no ha publicado numerosos volúmenes. Excepto algunas memorias sobre asuntos particulares, y que han sido modelos perfectos

hizo que el sobrino de ha hecho el método del estudio de la parte de sus ciencias, son de Triación de la pertenencia la analogía de la clasificación de las esenciales, y como el número de ideas, la única con arreglo de la distribución de la en que ella cadena no reglas arbitrarias el esta- ro esta idea los diversos de abrazar de 1777.

Bernardo de Jussieu se quedó casi enteramente ciego al fin de su vida, y murió el 6 de noviembre de 1777. Lorenzo Antonio de Jussieu, llamado por su tio para reemplazar a Lemonnier, comenzó por demostrar la botánica a los discípulos; pero su primera aparición en la ciencia es su gran memoria, en la cual tomó por asunto el examen de una familia natural, la de los ranúnculos, que leyó en la academia de las ciencias al presentarse como candidato en la sección de botánica; este trabajo, dice el mismo, fué el que le abrió los ojos y le hizo botánico.

En 1789 llegó a ser presidente de sección, y después teniente de Maire en tiempo de Bailly, y como tal administrador principal de los hospicios: después de la caída de Bailly, volvió a dedicarse exclusivamente a sus ocupaciones y funciones científicas, y fué nombrado varias veces director del Museo, después de la nueva organización que recibió el jardín Real en 1793.

En 1784 estuvo encargado del examen del magnetismo animal, y no hallándose de acuerdo con los demás individuos de la comisión, publicó su informe con separación, en el cual expresó, con mucha reserva y prudencia, una opinión favorable a aquella nueva doctrina. Este hecho sería muy poco interesante en el día si no hubiese sido la causa de la repugnancia que la Sociedad Real de Londres conservó hasta los últimos años de la vida de Jussieu, a admitirle entre sus miembros: es preciso convenir en que este fué un rigor excesivo contra un juicio conienzudo, que nada quitaba al mérito ni a la celebridad de su autor.

Antonio Lorenzo de Jussieu, no tenía mas que su plaza del Museo de historia natural y la del Instituto, cuando fué nombrado catedrático de la escuela de medicina en 1804: cuando se creó la universidad Imperial en 1808, llegó a ser consejero vitalicio: despojaronle de aquellas funciones a principios de 1815, y la restauración no temió en 1822 hacer descender de su cátedra de la Escuela de medicina, a un anciano tan cargado de reputación como de años, y objeto del respeto y de la admiración de los sabios.

Antonio Lorenzo de Jussieu, se vió de este modo reducido a lo poco que poseía al fin de la revolución, y a una pensioncilla que le fué concedida: el patrimonio que habia heredado de sus tios, desapareció durante las revueltas políticas, por la reducción de las rentas, y los reembolsos en asignados.

Tal es en pocas palabras la vida de esta familia de

co no abandona a las familias de los sabios que han dado honor a la Francia.

Es cosa muy sabida que el Museo de historia natural recibió su organización actual en 1793. Cuando murió Buffon el 16 de abril de 1780, se confió la intendencia del jardín a Mr. de la Billarderie, cuyo acto mas notable fué llamar al caballero de al Marck, para quien hizo

crear la plaza de botánico del gabinete. Habiendo emigrado Mr. de la Billarderie en 1792, el rey le reemplazó con Bernardino de Saint-Pierre, a quien se debe la creación de la casa de fieras: abandonada la de Versalles, los animales fueron trasladados al jardín de las Plantas en donde aun se conservan.

En fin, por un decreto de 4 de junio de 1793, fué suprimida la plaza de intendente, y el Jardín de las Plantas recibió el nombre de Museo de historia natural. Los catedráticos tienen el derecho de elegir cada año un director y tesorero de su seno, y aun de nombrar para las plazas de cátedras vacantes: esta última disposición del decreto, ha sido suprimida por la ley de instrucción pública de 1.º de mayo de 1802, y ahora el rey es el que nombra a propuesta de la junta de catedráticos y de la Academia de las ciencias.

La enseñanza quedó organizada de la manera siguiente: mineralogía, química general, artes químicas, botánica en el Museo, botánica en el campo, cultivo, zoología, anatomía humana, anatomía de los animales, geología e iconografía natural; el mismo decreto fundó una biblioteca para el establecimiento.

En cuanto a las nuevas construcciones, puede admirarse la elegancia y la ligereza del invernadero para las plantas exóticas, y la encantadora jaula de los monos, en donde se ha reunido cuanto puede apetecerse para su comodidad y agrado; la suerte de aquellos animalitos sería envidiable si en semejante palacio, en esa casa de campo embellecida con tanto gusto, no muriesen en gran número por la influencia de causas hasta ahora mal determinadas.

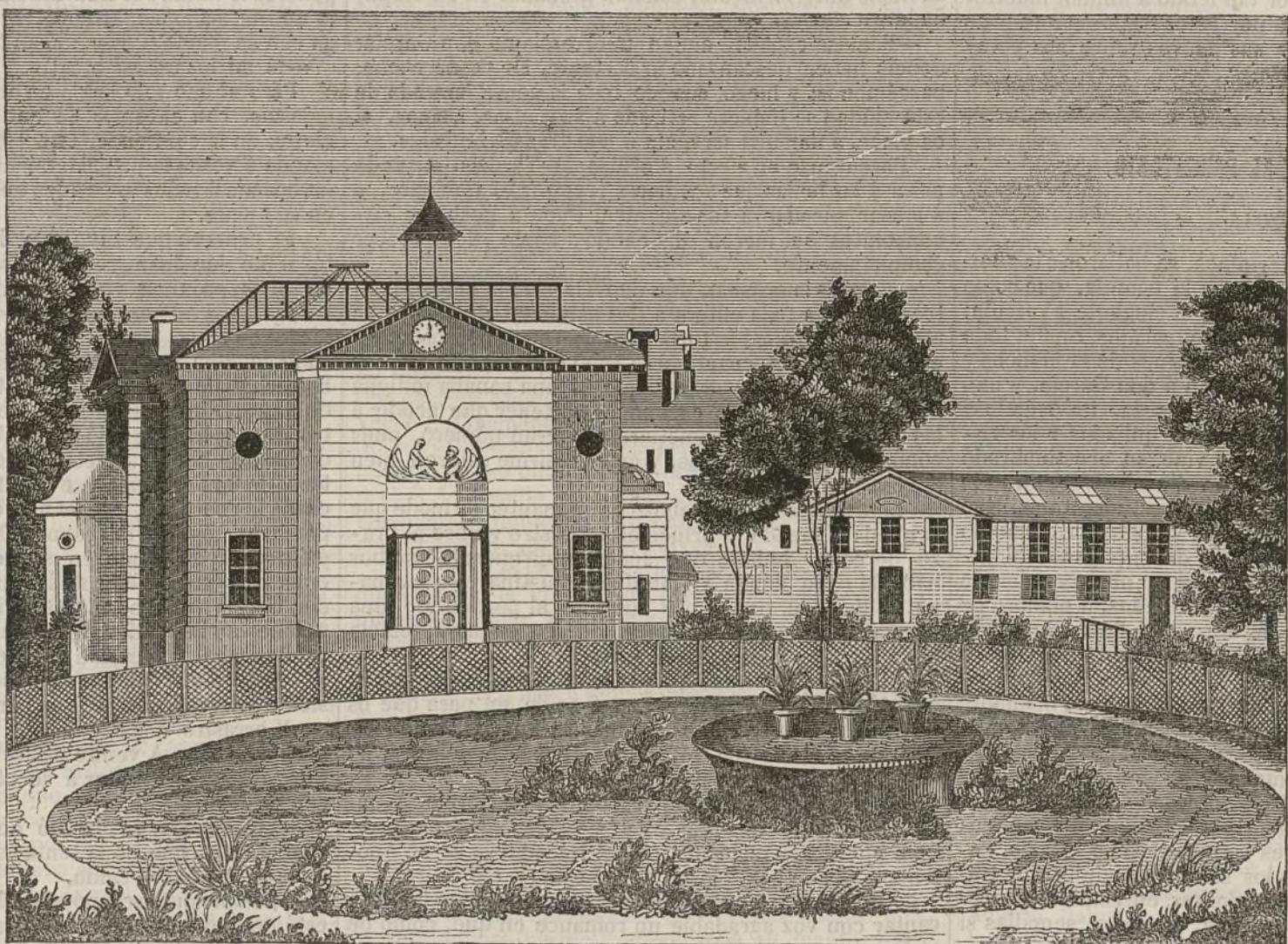
DE LOS OLORES DE LAS FLORES.

La época del día mas favorable para apreciar la infinita variedad de los olores de las plantas, es la caída de la tarde, pues entonces las partículas aromáticas que el calor del sol habia hecho elevar durante el día, caen a la altura de nuestro olfato.

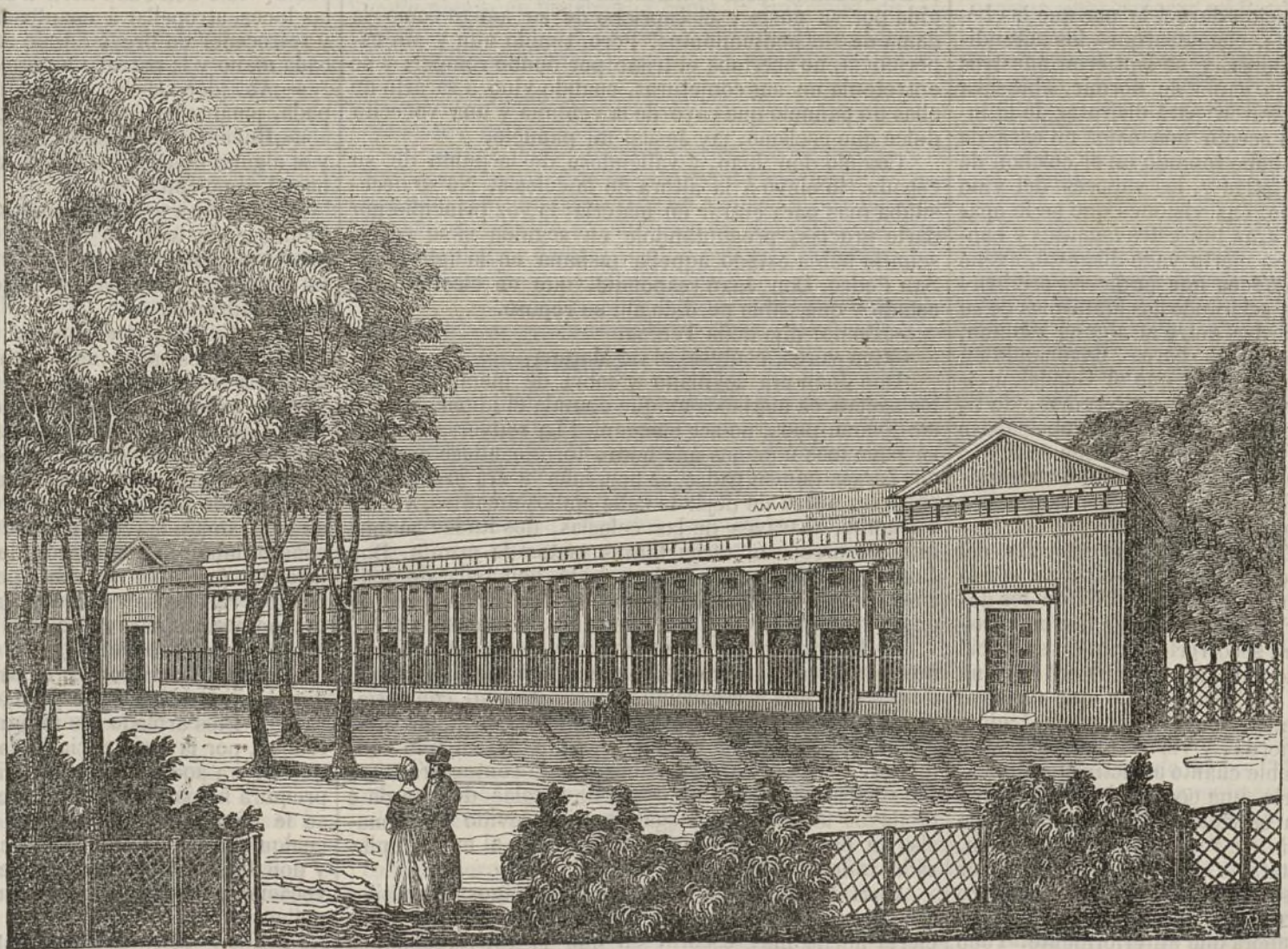
Se ha querido en vano, clasificar metódicamente los olores. El sistema adoptado hoy es el que

sigue: segun el cual todos los olores son comprendidos en siete clases bastante naturales.

1.º El olor aromático, que es el de los laureles, del naranjo y de todos los labiados; 2.º el olor suave: es un olor estremadamente dulce y gracioso, tal como el de las flores del tilo, del jazmin, del galán de noche, de la rosa, etc.; 3.º el olor ambarado, es el de la mayor parte de los geránios exóticos; 4.º el olor aliáceo, que



Vista del Anfiteatro en el Jardín de Plantas.



Vista de la Casa de Fieras en el Jardín de Plantas.

tios: nos bastará decir que la ciencia, el talento y los demás dones del espíritu no degeneran en esta familia, como tampoco las cualidades del corazón. Antonio Lorenzo de Jussieu ha debido morir satisfecho por dejar un heredero, no cargado de riquezas, pero digno de llevar un nombre célebre y honrado: en cuanto a la respetable señora que fué la compañera de su vida, sabia por el ejemplo de Cuvier, que el reconocimiento públi-

caracteriza muchos géneros de liliáceas; 5.º el olor *soporoso*, es el de las plantas soláneas, en particular el opio, etc.; 6.º el *nauseabundo* es en general de una fetidez extraordinaria: es el olor que exhalan generalmente las plantas mas venenosas. Se tendrá una idea de la fuerza de estas exhalaciones en ciertas plantas, aspirando, por ejemplo, las flores de *dracucio*, que tienen todo el olor de los cadáveres pútridos, y el de la *estapelia*, que tiene un olor tan fétido á animal muerto, que las moscas engañadas por estos vapores que propagan, acuden á depositar sus huevos sobre sus pétalos abiertos.

LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

NOVELA.

Departiendo en estos términos, se hallaron á la puerta de la casa, donde los esperaba la comida, que como de estudiantes, era mas copiosa que elegante y variada; guisos cargados de especias, carnes saladas, en fin, todo lo que pudiese excitar la sed. Los vinos de la Mancha y Andalucía abundaban. Aguardaban á don García, y luego que entró éste, se sentaron á la mesa, no oyéndose al principio otro ruido que el de las quijadas y los vasos. Ejerciendo muy pronto el vino su acostumbrado influjo, comenzó la conversacion á acalorarse, girando solo sobre desafíos, amores, y tretas estudiantinas. Uno contaba cual se la habia jugado á su patrona, tomando el trote la vispera del dia en que debia pagar su alojamiento. Otro habia mandado á casa de un mercader de vinos por algunos pellejos de *Valdepeñas*, á nombre de uno de los mas graves profesores de teología, logrando sustraer los pellejos, y embocar la cuenta del vino al doctor. Ahora, era una paliza á la ronda; despues un escalamiento de la casa de un marido celoso, mediante la oportuna escala de cuerdas. Don Juan escuchaba en un principio consternado tales desórdenes; pero, en breve desarmaron su gazmoñeria el vino ó el buen humor de los convidados. No solo rió de las aventuras, sino que llegó hasta envidiar la reputacion que algunos se captaban con sus felices estratagemas ó estafas. Comenzó á echar en olvido los sábios principios que trahera á la universidad, para admirar en cambio las reglas de la conducta estudiantina, fáciles y sencillas si las hay, puesto que consisten en permitirse todo respecto de los *pillos*, esto es, respecto de cualquiera no matriculado en los registros de la universidad. Hállase el estudiante en medio de los *pillos*, como si dijéramos en pais enemigo, y se cree con el derecho de obrar en contra suya, como los judíos contra los cananeos. Acontece, sin embargo, que el corregidor se cura poquísimo de las santas leyes universitarias, y molesta que es un contento á los iniciados cuando se brinda la ocasion; y de aqui su deber de mantenerse unidos como hermanos, socorrerse mutuamente, y guardarse sobre todo un inviolable secreto.

Esta mística conversacion duró á la par que las botellas: pero vaciadas estas, encontráronse los entendimientos hechos una Babilonia, y se sintieron nuestros estudiantes con soberbias ganas de dormir. Abrasaba aun el sol cuando se separaron para disfrutar de la indolente siesta. Don Juan aceptó una cama en casa de don García, y no bien se hubo tendido en el colchon de cuero, sumergiósele la fatiga y los vapores del vino en el sueño mas profundo. Las visiones que se le aparecieron en un principio eran tan extravagantes y confusas, que solo le excitaban cierto vago disgusto, ageno enteramente á la imagen ó idea que pudiesen originarlo. Fuéronse poco á poco aclarando los fantasmas de su entendimiento, hasta guardar entre si alguna hilacion. Soñó que estaba dentro de una barca, navegando en un gran rio, mas ancho y turbio que el Guadalquivir durante el invierno. Carecia de velas, de remos, de timon; y la orilla del rio parecia desierta. Babelébase tanto la barca á impulso de la corriente, que se figuró en su desazon hallarse á la embocadura del Guadalquivir, precisamente cuando los tontos de Sevilla que van á Cádiz principian á experimentar los efectos del mareo. Se encontró luego en una parte mas estrecha del rio, de modo que le era dable ver y aun alcanzar con la voz á ambas orillas; y entonces se dibujaron en los dos opuestos lados dos figuras luminosas que fueron aproximándose á él como para socorrerle. Primero se torció á la derecha, y distinguió á un grave y austero anciano con los pies desnudos y sin mas vestido que un sayo andrajoso, el cual aparentaba tenderle su mano. Ladeóse en seguida á la izquierda, y vió á una muger de elevado talle y de una noble cuanto atractiva fisonomia, en ademan de presentarle una corona de flores. Notó al propio tiempo que la barca sometíendose al influjo de su voluntad, se dirigia, sin remos que la empujasen, hacia la orilla en que estaba la muger; é iba ya á coger tierra, cuando un grito salido del lado opuesto, le hizo volver la cabeza y acercarse hacia donde le esperaba el anciano, mas severo ahora que anteriormente. Todo lo que se veia de su cuerpo estaba cubierto de magulladuras, livido y teñido en sangre cuajada. Con una mano le ofrecia una corona de espinas, y con la otra una disciplina guarnecida de puntas de hierro. Don Juan horrorizado retrocedió á la orilla izquierda. Allí encontró aun á la aparicion que tanto le habia hechizado con flotantes cabellos, ojos animados de un fuego sobrenatural y una espada en vez de la corona. Detúvose don Juan un momento antes de abordar, y redoblando su atencion, vió que la hoja de la espada estaba teñida

de sangre y lo mismo la mano de la ninfa. El esceso del espanto le despertó, y no pudo retener un grito al reparar en una espada desnuda que brillaba á dos pies del lecho, aunque no en la diestra de ninguna muger, y si en la de don García, que al ir á despertarle la vió, y examinaba su curioso trabajo á fuer de inteligente. En la hoja se leia esta inscripcion: *guarda lealtad*; y las armas, nombre y divisa de los Maranas, como quedado dicho anteriormente, estaban grabadas en su empuñadura.

—Famosa espada, amigo mio, exclamó don García; debeis haber descansado lo bastante. Es ya de noche; paseémonos; y luego, cuando toda la gente honrada de esta ciudad se hubiere retirado á sus casas, iremos, si os place, á dar una serenata á nuestras divinidades.

Paseáronse en efecto á orillas del Tormes, mirando pasar á las bellas que acudian á respirar el ambiente, ó á lanzar ojeadas á sus amantes. Poco á poco los circunstantes se fueron disipando, hasta desaparecer completamente.

—Esta es la ocasion, dijo don García; la ciudad pertenece ahora toda entera á los estudiantes, sin que se atrevan los *pillos* á turbarnos en nuestras inocentes diversiones. En cuanto á la ronda, si topásemos con ella, creo inútil asegurarnos que es una canalla indigna de consideracion; no curádoos de tener que acudir á las piernas si nos acometieren en gran número, pues conozco todos los rodeos, y con seguirme saldreis bien del lance.

Hablando asi, se arrebozó en su manto de modo que le quedase tapado lo principal del rostro y libre el brazo derecho. Imitóle don Juan, y dirigieronse ambos hacia la calle donde vivian doña Faustina y su hermana. Silbó don García por enfrente al pórtico de una iglesia, y se presentó su page con una guitarra: tomóla el de Navarro y despidió al portador.

—Por lo que alcanzo, dijo don Juan al entrar en la calle de Valladolid, queréis serviros de mí para que os guarde las espaldas, y os aseguro que no os arrepentireis de ello. Sevilla, mi patria, renegaria de mí si no supiere cumplir con tal encargo.

—No es ese mi intento, respondió don García. A mí me traen aqui mis amores y á vos los vuestros: cada uno, pues, á su negocio. ¡Chito! Hé aqui la casa. Apoderaos vos de esa celosia, yo de esta, y ojo avizor.

Afinado que hubo la guitarra, púsose don García á cantar con voz agradable un romance en que, como de ordinario, se trataba de lágrimas, suspiros, etc. Ignoro si él mismo era el compositor.

A la tercera ó cuarta estrofa se levantaron ligeramente las celosias de las dos ventanas, y dejóse oír una tosecita para indicar que alguien estaba oyendo. Es notorio que nunca los músicos tocan cuando se les pide de favor ó saben que se les está escuchando; y por lo mismo, inmediatamente colocó don García su guitarra sobre un trascanton, y entabló en voz baja conversacion con una de las mugeres. Alzó don Juan los ojos y vió que desde la otra ventana se le consideraba atentamente no dudando fuese la hermana de doña Faustina, elegida por su gusto y el capricho de su amigo como la dama de sus pensamientos. Pero, tímido aun y sin esperiencia, no acertaba el triste por donde romper; y se entretenia en sus conjeturas, cuando vino á sacarlo de ellas un pañuelo que cayó de la ventana y una vocecita dulce que exclamó: ¡ay Jesús! mi pañuelo.

Cogiolo don Juan, y valiéndose de la punta de su espada, lo elevó á la altura de la celosia. No se necesitaba mas para entrar en materia: la voz principió por darle gracias, preguntándole en seguida si su cortés señoría habia estado aquella mañana en la iglesia de San Pedro. Don Juan respondió, que en efecto habia estado y que habia perdido alli su reposo.

—¿Cómo? dijo doña Teresa.

—Con veros, contestó el de Marana.

Don Juan era sevillano y sabia de memoria todos los romances moriscos en que abunda el idioma amoroso: ¿cómo, pues, no ser elocuente? La conversacion duró poco mas ó menos una hora, terminándose con decir Teresa que su padre se acercaba y era preciso recogerse. Antes de dejar la calle ambos amantes, vieron alargarse, al través de las celosias, dos lindas manos que les arrojaron otras tantas matas de jazmin. Don Juan se fué á acostar con la cabeza henchida de deliciosas imágenes, y en lo que toca á don García, entróse en un bodegón y pasó allí la mayor parte de la noche.

Al dia siguiente los suspiros y las serenatas se renovaron y continuaron asi algunas noches, hasta que despues de una correspondiente resistencia, consintieron ambas damas en dar y recibir rizos de pelo, operacion que se llevó á cabo por medio de un hilo conductor. Don García, como incapaz de contentarse con tales bagatelas, habló en breve de escalas de cuerda ó de llaves falsas; pero juzgándosele atrevido en demasia, su proposicion fué, sino desechada, al menos aplazada indefinidamente.

Cosa de un mes llevaban los dos amigos de inútiles arrullos al pie de las ventanas de sus queridas, cuando cierta noche muy oscura, en que la conversacion se prolongaba á solaz de todos los interlocutores, se presentaron de improviso al extremo de la calle siete u ocho hombres de capa, de los cuales la mitad traian instrumentos músicos.

—¡Justo cielo! exclamó doña Teresa, es don Cristóbal que viene á darnos una serenata. Por el amor de Dios, retiraos ó vamos á tener algun disgusto.

—No somos nosotros de los que cedemos tan fácilmente el puesto, dijo don García, y alzando la voz prosiguió dirigiéndose al que venia delante:

—Caballero, el sitio está cogido, y estas damas no se cuidan de vuestra música; si os place, pues, buscad fortuna en otra parte.

—Es uno de esos pícaros estudiantes que pretenden estorbarnos el paso, gritó don Cristóbal, y me propongo enseñarle cuan caro cuesta el enderezar votos á mis amores.

Con esto metió mano á la espada, y dos de sus compañeros le imitaron. Don García, admirablemente pronto en sus acciones, se construyó una especie de adarga con su manto, desnudó su tizona y exclamó:

—¡A mí los estudiantes!

Pero ni uno solo habia en aquellos alrededores. Los músicos, con el temor de que sus instrumentos padeciesen en la contienda, tomaron las de Villadiego, llamando á voces la justicia, mientras que nuestras damas invocaban á todos los santos del cielo para que viniesen en su ayuda.

El primero que tuvo que defenderse de don Cristóbal fué don Juan, como que se hallaba bajo la ventana mas próxima al recién llegado. Este era diestro, y tenia ademas en la mano izquierda una tarja de hierro con que paraba los golpes, en tanto que don Juan contaba meramente con su espada y su manto. Estrechábase de vivo don Cristóbal, cuando recordando á propósito una estocada del señor Uberti, su maestro de esgrima, se dejó caer sobre la mano izquierda, y deslizandose con la derecha su espada por debajo de la tarja de don Cristóbal, se la introdujo tan fuertemente entre las costillas, que el acero se rompió, despues de penetrar cosa de un palmo. Don Cristóbal exhaló un grito y cayó bañado en sangre. Durante esta operacion, mas presto ejecutada que referida, se defendió don García ventajosamente contra sus dos adversarios, quienes no bien advirtieron en la desgracia del que le capitaneaba, huyeron á escape.

—Salvémonos ahora, dijo don García, pues no es ocasion de divertirnlos. Adios, hermosas.

Y arrastró consigo á don Juan, espantado de su propia hazaña. A veinte pasos de la casa se detuvo don García, para preguntar á su compañero qué habia hecho de la espada.

—¿Mi espada? respondió don Juan, notando por la primera vez que no la tenia asida: no sé de ella.... Si duda se me habrá caido.

—¡Maldicion! exclamó el de Navarro: vuestro nombre está grabado en la empuñadura.

Salian en aquel momento varias personas de las casas vecinas para socorrer al moribundo, y un piquete de soldados se adelantaba rápidamente hacia el mismo punto. Era seguramente una patrulla atraida por los gritos de los músicos y el rumor del combate. Don García encajándose el sombrero hasta los ojos y cubriendose la parte inferior del rostro con su manto para evitar que lo reconociesen, se avalanzó, no obstante el peligro que corría, en medio de aquel peloton, esperando hallar asi la espada de nuestro héroe, por cuyo conducto, de otra manera, infaliblemente se averiguaria el culpable. Vióle don Juan herir á diestra y siniestra, apagar las luces, atropellar á cuantos le salieron al encuentro y retroceder en breve á todo correr con una espada en cada mano y la patrulla entera detrás.

—¡Ah! ¡don García! exclamó don Juan cogiendo la espada, ¡cuánto tengo que agradeceros!

—¡Huyamos! ¡huyamos! dijo el estudiante. Seguidme y si alguno de esos pícaros os estrechare de muy cerca, haced como con el otro.

Arrancaron entonces ambos de aquellos lugares, viéndose de todo su natural vigor, acrecentado con el miedo que al corregidor tenían, pues pasaba tal magistrado por mas enemigo de los estudiantes que de los ladrones.

Don García, que conocia á Salamanca como á *Deus dei*, mostraba singular habilidad en volver rápidamente las esquinas, y lanzarse en las calles estrechas pero su camarada, como mas novicio, apenas si alcanzaba á seguirle. El aliento les escaseaba ya, cuando llegaron al extremo de una calle con un grupo de estudiantes, que se solazaban cantando al son de sus vihuelas. No bien percibieron estos que se perseguia á uno de sus camaradas, armáronse de piedras, bastones cuanto hubieron á la mano; de modo que los arqueros juzgaron prudente no trabar pendencia á la sazón, cuando á recogerse y refugiarse á nuestros dos culpables tiempo preciso para dejandarse y descansar unos minutos en una iglesia vecina.

Cuando estuvieron en el atrio, parecióle á don Juan que debia envainar su espada, como que el entrar en la casa de Dios armado era indigno de un cristiano; y entonces, por la resistencia de la funda, se convenció de que no era aquella arma la suya propia. En medio de esta premura habia cogido don García la primera espada que se le ofreciera al paso, esto es, la del muerto ó cualquiera de sus acólitos. El caso era grave por demas, y don Juan se apresuró á advertir de semejante evocacion á su amigo, cuyos consejos encontraba de sumo acertados.

Frunció don García el entrecejo, mordiéndose los labios, torció las alas de su sombrero y comenzó á pasearse, mientras que don Juan, con el aturdimiento producido por un *quid pro quo* tan fatal, se sentia inquieto y como aguijado de la vengadora conciencia. Despues de un cuarto de hora de reflexiones, pasó sin que don García lastimase la delicadeza de nuestro héroe con la mas ligera inculpacion sobre su abandono de la espada, tomó el de Salamanca á don Juan del brazo, y le dijo: «seguidme; yo os salvaré.»

En aquellos momentos salia un clérigo de la sacristía

damas no se... buscado for...

de pretenden... me propon... r votos á mis

de sus comen... mente pron... cie de adar... clamó:

dedores. Los... mentos pade... lladiego, lla... estras dam... que viniese

de don Cris... a la venta... era des... una tarja de... to que don... su mante...

do recorda... erti, su mae... izquierda, y... debajo de la... fuertemente...

después de... al exhaló m... esta oper... se defendi... adversari... ia del que lo

es no es oc...

antado de s... se detuvo d... qué había h...

otando por... de ella.... Si...

uestro nombr...

as de las ce... y un pique... ácia el mism... raída por lo... ate. Don Gar...

s y cubriend... o para evita... tante el pel... en, esperant... cuyo condic... guaría el co... nuestra, apa... al encuentr... una espada e...

ogiendo la e...

ate. Seguid... de muy cen...

os lugares, s... ecantado es... ues pasaba... tudianes qu...

ca como á... volver rápi... les estrecha... as si alome... as, cuando l... rupo de est... de sus vibro... rseguía á d... s, bastones... los arquero... la sazón, l... os culpables... r unos mil...

le á don Ju... el entrar en... istiano; y co... convencio... n medio de... ra espada q... muerte ó u... ve por dem... mejante equ... ntraba de s...

ordiósse los... comenzó á p... aturdimien... al, se sent... ra concien... ones, pasab... za de nuest... su abandon... Juan del br...

de la sacrist...

de la iglesia, con direccion á la calle. Detúvole don García.

—¿No es al sábio licenciado Gomez á quien tengo el honor de hablar? le preguntó.

—Aun no he recibido ese grado, respondió el clérigo, lisongeado con la interpelacion: me llamo Manuel Tordoyas para servirlos.

—Padre mio, repuso don García, sois cabalmente la persona de quien yo necesitaba: tratase de un caso de conciencia; y si la fama no me ha engañado, tengo ante mi al autor de ese celebrísimo tratado de *Casibus conscientiae*, que trae alborotado á Madrid.

El clérigo, dejándose arrastrar del pecado de vanidad, respondió tartamudeando que, si bien no era autor de semejante libro (el cual, sea dicho de paso, nunca había existido), hallábase no obstante, muy versado en la materia. Don García, que tenía sus razones para no darle oído, prosiguió de esta manera.

—En tres ó cuatro palabras os pondré al alcance del asunto en cuestion. Uno de mis amigos ha sido detenido, no hace una hora, en medio de la calle, por un hombre que le dijo:

—Caballero, voy á reñir á dos pasos de este sitio: mi adversario tiene una espada mas larga que la mia, y espero me presteis la vuestra para que nuestras armas sean iguales.

—Mi amigo consintió en el trueque, y se quedó aguardando por la terminacion del lance. Como no oye dentro de poco el ruido de la pelea, hubo de acercarse, y ¿qué es lo que vió? un hombre atravesado por la misma espada que acababa de prestar. Desde entonces, anda desesperado, rependiéndose su complacencia, y creyendo haber cometido un pecado mortal. Yo me empeño en apaciguarle, pues á mi entender, el pecado es puramente venial, visto que á no ser el préstamo, mi amigo hubiera ocasionado un duelo desigual entre dos personas. ¿Cuál es vuestro dictamen, padre mio? ¿No opinais como yo?

El clérigo, que era un aprendiz de casuista, enderezó las orejas escuchando esta historia y comenzó á estrecharse la frente como el que anda á caza de alguna cita. Don Juan se perdía en conjeturas sobre las intenciones de su camarada, pero por no echarlo todo á rodar con un despropósito, guardaba silencio.

—Padre mio, continuó don García, la cuestion es de sobra difícil, puesto que un sábio de vuestra cuantía titubea en resolverla. Si nos lo permitis, volveremos mañana á saber vuestro parecer. Entretanto, dignaos, os lo ruego, decir ó hacer decir algunas misas por el alma del difunto. Hablando así, dejó resbalar dos ó tres ducados entre las manos del clérigo, quien acabando con esto de aficionarse á unos jóvenes tan devotos, tan escrupulosos, y sobre todo tan desprendidos, les prometió darles su opinion por escrito al día siguiente y en aquel propio lugar. Desatóse en agradecimientos, y añadió al desgarre y como de corrida.—Con tal de que la justicia no quiera cargarnos con la responsabilidad de esta muerte... por lo demas, en vos fiamos respecto de nuestra reconciliacion con el Señor.

—¿La justicia!... dijo el clérigo, no temais nada de su parte, puesto que vuestro amigo, por el solo hecho de haber prestado su espada, no ha incurrido en complicidad legal.

—Concedido, padre mio; pero es el caso que el matador se ha escapado. Procederán, como parece regular, al exámen de la herida; tal vez encuentren la espada tendida en sangre.... ¿Quién diablos sabe? ¡Y como esas gentes son tan terribles á lo que cuentan!

—¿Pero no presenciasteis vos el préstamo esa arma?

—Sin duda, respondió don García; y lo afirmaria ante todos los tribunales del reino. Ademas de que, prosiguió mañosamente, vuestro testimonio seria el mas poderoso sosten de la verdad. Nos hemos presentado á vos mucho antes que se ventilase el asunto á fin de reclamar vuestros socorros espirituales. ¡Bah! si podriais hasta atestiguar el trueque!... He aqui la prueba.

Diciendo y haciendo, cogió la espada que tenía don Juan y continuó:

—Examinad cuan mal le viene la hoja á esta vaina.

Nuestro clérigo arqueó la cabeza á guisa de hombre convencido de la verdad de lo que se le contaba, sin perjuicio de sopesar en silencio los susodichos ducados, argumento sin réplica en favor de ambos jóvenes.

—Sobre todo, padre mio, añadió don García con el aire mas devoto del mundo, ¿Qué nos importa la justicia? Reconciliémonos con el cielo, y es bastante.

—Hasta mañana, dijo el clérigo retirándose.

—Hasta mañana, respondió don García; os besamos las manos, y fiamos en vos.

Así que hubo partido el bueno de Tordoyas, dió don García un salto exclamando alegremente:

—¡Viva la simonia! La cosa ha variado de aspecto á mi entender. Si la justicia se acuerda de vos, este reverendo padre, en premio de los ducados recibidos y de los que espera recibir, atestiguará que no tenemos absolutamente nada que ver con la muerte del caballero. Recogeos ahora: estad alerta, y no abrais sin asegurarnos bien de quien os llame; por lo que á mi atañe, voy á dar una vuelta por la ciudad, á fin de husmear alguna noticia.

Ya en su cuarto, arrojóse don Juan vestido sobre la cama, y pasó la noche sin pegar los ojos, con las mientes en el asesinato que acababa de cometer, y lo que era aun peor, en sus consecuencias. Apenas oía pisadas en la calle, le parecia que la justicia acudia á prenderle, y sin embargo, como estaba fatigado y abrumaban su cabeza las resultas del banquete estudiantil, quedóse dormido al despuntar el sol.

Algunas horas llevaba de sueño, cuando le despertó su criado con la nueva de que una dama tapada queria hablarle. En el momento mismo una muger entró en el aposento. Un gran manto negro la cubria de pies á cabeza, sin dejarla visible mas que un ojo, el cual torció al criado y en seguida hácia don Juan, como para significar á éste que tenía que hablar con él á solas. Inmediatamente salió el criado y la dama se sentó, mirando á don Juan con la mayor atencion. Despues de una larga pausa, comenzó á decirle de esta manera:

—Caballero, este paso os sorprenderá y quizá formeis de mí una mediana opinion; pero cualquiera que sepa los motivos de mi venida no me culpará de seguro. Ayer habeis tenido un encuentro con un caballero de esta ciudad....

—¡Yo, señora, yo! exclamó don Juan, poniéndose pálido: ¿si yo no he salido de este cuarto!

—Inútil es el disimulo conmigo, y debo enseñaros á ser franco. Diciendo así, apartó el manto y don Juan reconoció á doña Teresa.

—Señor don Juan, prosiguió la dama enrojeciéndose, fuerza me es confesaros que vuestra valentia me ha interesado á lo sumo por vos, y como notase, á pesar de mi turbacion, la rotura de vuestra espada, que dejasteis caer en seguida cerca de nuestra puerta, me aproveché del momento en que todos se agolpaban en torno del herido para bajar y recoger la empuñadura. Al examinarla lei en ella vuestro nombre, con lo que comprendí lo grande de vuestro compromiso si vuestros enemigos la hubiesen entre sus manos. Hela aqui: me considero muy dichosa en volvérosela.

Don Juan cayó de contado á sus rodillas, diciéndole que le debía la vida, inútil presente, puesto que iba á matarle de amor. Estaba doña Teresa de prisa y queria retirarse inmediatamente: pero era tal el gusto con que escuchaba á don Juan, que no se decidia á despedirse. Una hora poco mas ó menos pasaron juntos, durante la cual se juraron amor eterno, y hubo ósculos en las manos, é instancias vivisimas por una parte y débiles denegaciones por la otra.

La aparicion repentina de don García, interrumpió el amoroso coloquio. A fuer de hombre curado ya de escándalo, procuró serenar el ánimo de Teresa; encomió su valor é intrepidez, y acabó suplicándola interpusiese su mediacion para que doña Faustina le dispensase mas humana acogida. Prometiéndole doña Teresa cuanto quiso, y cubriéndose herméticamente con su manto partió, y ofreciéndole hallarse aquella misma tarde con su hermana en cierto punto del paseo que designó.

—A las mil maravillas van nuestros negocios, dijo don García cuando estuvieron solos. Nadie sospecha de vos. El corregidor, como me tiene ganas, se habia en un principio acordado de mí, persuadido, decia, de que yo era el matador de don Cristóbal. ¿Y sabeis lo que le ha hecho mudar de opinion? El que le han informado de que toda la noche la pasé con vos; y es tal vuestra reputacion de santidad, amigo mio, que os sobra para ceder á los demas. Como quiera que sea, acontece que nadie piensa en nosotros; y como la travesura de ese diablillo de Teresa nos sirve de garantía para el porvenir, olvidémoslo todo, y pensemos meramente en divertirnos.

—¡Ah García! dijo tristemente don Juan, cosa terrible es matar á un semejante!

—Pero hay otra cosa mas terrible, le respondió el de Navarro; á saber, que un semejante nos mate; y mas que eso, lo es un día pasado en ayunas; á propósito de lo cual, os convino á comer hoy en compañía de unos cuantos alegres camaradas que holgarán de veros.

Terminadas estas palabras, salió.

(Se continuará.)

DESMEMBRAMIENTO DEL IMPERIO DE CARLOS V.

Despues de Carlo-Magno ha sido Carlos V el que ha reunido el imperio mas vasto que ha dominado la Europa. Hijo de Felipe I, archiduque de Austria y de Juana de Castilla, reina de España (hija de Fernando de Aragon y de Isabel de Castilla), habia heredado en su juventud estados de estas dos grandes casas. Por su padre obtuvo el Austria y una gran parte del ducado de Borgoña, los Países Bajos y el Franco Condado, provincias adheridas á la casa de Austria, desde el casamiento de Maria de Borgoña, hija única y heredera de Carlos el Temerario con Maximiliano I, archiduque de Austria y emperador de Alemania. Por parte de su madre heredó Juana de Castilla el reino de Nápoles y de Sicilia é inmensas posesiones españolas en el Nuevo Mundo. A estas numerosas coronas añadió la del imperio de Alemania. Por muerte de su abuelo Maximiliano I, engrandeció su vasto imperio con importantes conquistas, reuniendo las provincias de Frisa, de Utrecht y de Over Issel, y el ducado de Gueldres, á los dominios de la casa de Borgoña, y el ducado de Milan al reino de España. Tuvo tambien entre sus manos los destinos de una porcion de naciones extranjeras, separadas las unas de las otras, tanto por sus costumbres, sus usos, su religion, su lenguaje, como por su clima, su posicion geográfica y sus limites naturales. A pesar de su gran genio, solo á fuerza de mucho trabajo pudo mantener en la obediencia á todos los partidos de sus vastos estados. ¿Sus sucesores tendrian tanta fortuna y talento como él? ¿Serian favorecidos en el ejercicio de esta vasta dominacion por circunstancias tan propicias? No hay duda que estos tristes pensamientos se ponzoñaron sus últimos años, le condujeron en parte á aquella abdicacion, que fué tan grande motivo de admiracion para sus contemporáneos.

Intereses de familia contribuyeron á fundar este vasto imperio, é intereses de familia debian igualmente contribuir á desmembrarle. Fernando, hermano de Carlos V, heredó la corona imperial y el archiducado de Austria, con sus dependencias y formó la rama segunda de Austria, llamada alemana. Felipe II, hijo de Carlos V, sucedió á su padre en todos sus estados y formó la rama primogénita de Austria, llamada española. Hé aqui el primer desmembramiento.

La casa de España era todavia muy poderosa, y Felipe II digno de suceder á Carlos V; este príncipe supo, en efecto, contener bajo su dominacion provincias siempre dispuestas á emanciparse, y lejos de ver desmembrar sus estados, tuvo la gloria, si tal puede llamarse, de conquistar el Portugal. Sin embargo, los esfuerzos constantes que se vió precisado á hacer para mantener bajo su obediencia todas las partes de su imperio, y sobre todo los Países Bajos, contribuyeron ciertamente á debilitar la España.

Pero despues de él avanzó rápidamente la decadencia de nuestra pobre nacion. Bajo los reinados de Felipe III, Felipe IV y Carlos II, los obstáculos que habia felizmente destruido Felipe II, se presentaron mas terribles todavia, y España tenía menos que nunca los recursos necesarios para hacer frente á la tormenta.

La lucha religiosa debia, en tan grande imperio, tomar un carácter mas particularmente político; ella hizo á los pueblos de España y de los Países Bajos mas irreconciliables que nunca, y debilitó considerablemente la España con la emigracion de un gran número de familias españolas en América y en Europa, y con la espulsion de las familias moriscas.

En fin, el grande imperio se desplomó por todas partes, cuando Carlos II murió sin hijos dejando á la Europa el cuidado de dividir sus ricos despojos.

La guerra de sucesion que iba á ser tan fatal á la Francia, al fin del reinado de Luis XIV, dió el último golpe al poder español. El imperio de Carlos V se vió enteramente desmembrado, y con él reducida la España á la mas completa decadencia. Por el tratado de Utrecht concluido en 1713, el duque de Anjou, nieto de Luis XIV, fué reconocido rey de España bajo el nombre de Felipe V, que tenía derechos á la sucesion, primero por su madre, hermana de Carlos II, y ademas en virtud del testamento de este príncipe. La casa menor de Austria, llamada alemana, tuvo los Países Bajos, el Milanesado, Nápoles y Cerdeña, la cual perdió mas tarde; y en fin, la casa de Saboya tuvo la Sicilia y la posesion eventual de España.

De este modo quedó destruido el grande imperio de Carlos V.

EN TODAS PARTES CUECEN HABAS.

Quando se viaja por el extranjero, es muy comun oír los disparates mas sandios á propósito de nuestro país. Al que escribe estas líneas le preguntaron en una ocasion unas señoras en Burdeos, con el mayor candor del mundo, si era verdad que las mugeres todas sin distincion de clases ni categorías, llevaban en España un puñal metido entre las ligas ó escondido en el pecho, y por este estilo seria fácil citar otros mil absurdos, pero el error mas acreditado es el relativo á los ladrones. Como los viajeros han disputado tanto sobre este punto, no hay extranjero que no crea que para venir á visitarnos es menester hacerlo armados de punta en blanco y con una fuerte escolta. Segun ellos cada legua de nuestros caminos es un peligro, y cada calle de nuestras poblaciones una contingencia, y sin embargo, vamos á presentar un dato que prueba lo bien que harian en echar un ojo dentro de su casa antes de desacreditarnos.

De un documento oficial que tenemos á la vista resulta, que en uno de los últimos años el valor de los robos verificados en la ciudad de Londres, subió á la enorme suma de 52.000.000 de francos; es decir, á unos 200 millones de reales próximamente, divididos de este modo.

1.º	Por los criados de servir.	17.750,000 frs.
2.º	En el río Támesis.	12.500,000
3.º	En las calles y sitios públicos.	13.000,000
4.º	Con monedas falsas.	5.000,000
5.º	Con billetes de banco falsos.	4.250,000

Total . . . 52.000,000 frs.

Londres cuenta 1.200.000 habitantes, de modo que es un impuesto de 43 frs. 75 cént. (unos 468 rs.) por cabeza, que cobra anualmente el crimen ó la miseria de la opulencia y del comercio. Considerando que Madrid tiene cinco sextas partes de poblacion menos que Londres, la multitud equivalente deberian ser unos 33 millones; y nosotros preguntamos á falta de datos oficiales que nos sirvan de apoyo, si hay nadie que crea que el importe anual de los robos en Madrid se eleva, no ya á 33 millones de reales, pero ni siquiera á la décima parte; en vista de estos datos, digasenos si no tenemos razon para creer que en todas partes cuecen habas.

En el mismo documento que nos ha suministrado estos datos, vemos que en la referida época, habia en Londres 20.000 vagos; 20.000 ladrones y estafadores; 46.000 mendigos y 8.000 individuos recogidos en los hospicios y hospitales. Si tal es el fruto de la civilizacion, confesamos francamente que no queremos ser civilizados.

UN MARIDO ENAMORADO.

Cuando Luis XIV de Francia se casó en San Juan de Luz con la princesa María Teresa, en junio de 1660, ocurrió un suceso que ningún historiador explica, y que es por lo tanto aun hoy un enigma. Al día siguiente de los desposorios, cundió la voz en la corte de que habia desaparecido la condesa de N***, una de las damas de honor de la reina. Su marido, celoso como un portugués, viejo y enamorado de ella, puso en juego su influencia con el rey para que se adoptasen las medidas mas enérgicas á fin de encontrarla, y así se hizo en efecto, pero todo en vano. Al tercer día vinieron al fin á avisar que la dama que se buscaba iba por las montañas en compañía de unos gitanos, que sin duda se habian apoderado de ella para obligar á que les pagasen un buen rescate, cosa muy frecuente en aquellos tiempos en que por mas que se diga, no se gozaba de la seguridad individual de que se disfruta hoy, ni en las poblaciones, ni en los caminos. El conde que tan malos juicios habia formado de

su linda esposa, porque la condesa era joven y bonita, se tranquilizó algún tanto con la noticia: al cabo se trataba de perder unos cuantos luises, y estas pérdidas no son como otras, del todo irreparables. Se adoptaron me-

fin despues de mil trabajos y diligencias, el conde tuvo el gusto de ver llegar á su alojamiento una muger, que corrió á abrazar en el supuesto de ser la condesa, pero que no era otra que una de sus doncellas que tam-

las doncellas que también había desaparecido, pero de quien nadie se había ocupado. Esta mujer dijo que había salido con su ama á visitar el castillo de Urtubi: que habiéndoles cogido una tempestad corrieron á guarecerse entre las rocas; que allí la perdió; que siendo ya de noche trató de volverse sola á la población y entonces fué cuando cayó en manos de los gitanos, que creyéndola una gran señora la habían retenido en su campamento para sacar una cantidad por el rescate y que nada más sabia ni podia decir. Calcúlese la desesperacion del conde, de nuevo principaron las diligencias y las pesquisas, pero todo en vano; jamás se le volvió á saber de la condesa. Algunas memorias de aquel tiempo pretenden hallar cierta analogia entre esta desaparicion, y una licencia para pisar á América que seales un militar graduado.



didas para rescatar la dama, que nadie podía comprender por qué causa había ido á poder de los gitanos, y al

UN DESAFIO.

El lance que vamos á referir ocurrió pocos años antes de la muerte del último monarca. Varios oficiales de uno de los regimientos de infantería de la guardia real se hallaban una tarde de primavera á la puerta del cuartel del Hospicio esperando la hora de la lista, y formando corro hablaban de cosas indiferentes. Recayó la conversación sobre la fidelidad de las mugeres, y á éste propósito se dijeron unos cuantos disparates propios de jóvenes y de militares. «Desengañense vds., señores, dijo un capitán tan veterano en campañas de amor como de armas; no debe fiarse de ninguna; yo al menos no me atrevería á responder de la mas santa.—Pues yo sí, replicó vivamente un alférez jóven; hay en el mundo una muger de quien yo respondo.—¿De tu querida? dijeron todos á la vez.—No, de mi hermana.—Eso se comprende perfectamente, añadió otro alférez jóven tambien y amigo íntimo del primero: de tu hermana puede responderse porque es muy fea.»

Esta broma produjo un desafío entre los dos amigos, sin que bastara á cortarlo la intervencion de los demas compañeros; en el acto se nombraron los padrinos de entre los mismos del corro y se convino en la hora de las cinco de la mañana del dia siguiente, fuera de la puerta que hoy se llama de Bilbao y entonces se llamaba de los Pozos. A la hora antedicha todos estaban puntualmente en el lugar de la cita; los padrinos intentaron de nuevo un arreglo amistoso fundados en lo trivial del motivo, pero no hubo medio de reducir á razon á los dos antagonistas. «Queremos batirnos, y batirnos á muerte» dijeron los dos á la vez quitándose las casacas y desenvainando las espadas. Al propio tiempo un pobre diablo derrotado y mal vestido se aproximó á los padrinos y con voz lamentosa: «Señores oficiales, dijo, soy un pobre artesano cargado de familia y si quisieran vds....—Déjenos vd. en paz, buen hombre, replicaron los testigos; está vd. viendo que se van á romper la erisma, y cree que estaremos de humor de dar limosna.—No es limosna lo que pido, replicó el menestral, sino que yo soy un pobre carpintero con ocho hijos y mi muger enferma, y como he oido que esos señores se van á matar uno á otro me ha ocurrido suplicar á vds. que sea á mí á quien encarguen el ataud....»

Al oír estas palabras los dos que iban á batirse, y que ya estaban en guardia, soltaron una carcajada, se miraron uno á otro, y simultáneamente tiraron los sables y se alargaron la mano. «Bravo, gritaron los padrinos, eso es mucho mejor que jugar la vida por una fruslería.» Una hora más tarde los cuatro oficiales daban pruebas nada equivocadas de querer vivir, en la fonda de Perona, que tenía en aquella época el privilegio exclusivo de intervenir en todos los acontecimientos solemnes, incluso los desafíos.

Uno de los padrinos, que nos refirió el lance hace ya bastante tiempo, nos dijo que la petición del carpintero había sido una estratagema de ellos con objeto de evitar que se verificase el duelo, y que la idea no era tampoco nueva, pues la habían tomado de otro lance parecido que ocurrió en el ejército de Napoleón. Lo que

ignorámos es si los antagonistas llegaron á saber la verdad, y agradecieron como debian el celo de sus testigos.

UN CRIMEN POR CARIDAD.

Se atribuye el siguiente hecho á una princesa de Muhaut, condesa de Artois y de Borgoña, que murió hácia 1330, y que se ocupó constantemente de los pobres y mendigos con activa solicitud. Dotada de una sensibilidad estremada, no podia ver sufrir á un desgraciado sin tratar de socorrerlo. Mas de una vez comprometió su fortuna y se empeñó por distribuir limosna á los pobres que de todas las poblaciones de Francia llegaban para tomar parte en sus liberalidades, y á ejemplo del buen rey Roberto, constantemente la seguian seis ó setecientos mendigos que ella alimentaba y vestia, y que le servian de escolta en todos sus viages. Sucedió, pues, segun el historiador Gullut, á quien tomamos estos pormenores, «que Dios se sirvió enviar una grande escasez en Borgoña, de tal manera, que no se oian por las calles mas que quejas y lamentaciones, y á los niños gritar *«yo me muerdo de hambre.»* El invierno era además en extremo riguroso, y succumbian al frio casi tantas victimas como á la falta de alimento. Fácilmente se comprenderá cuanto aumentaria el acompañamiento de la princesa Muhaut con estas circunstancias. Mas de mil mendigos la habian seguido á la villa de Chatellenut, donde voluntariamente residia, y alli como en todas partes, la princesa hacia frente á sus necesidades. Pero cuando todos sus recursos se agotaron, cuando ella misma se vió falta de pan, cuando no le quedaba ni una moneda en sus cofres, ni una joya en su tocador; despues de verter abundantes lágrimas, he aqui el medio que imaginó para no abandonar tanto desgraciado á su triste suerte.

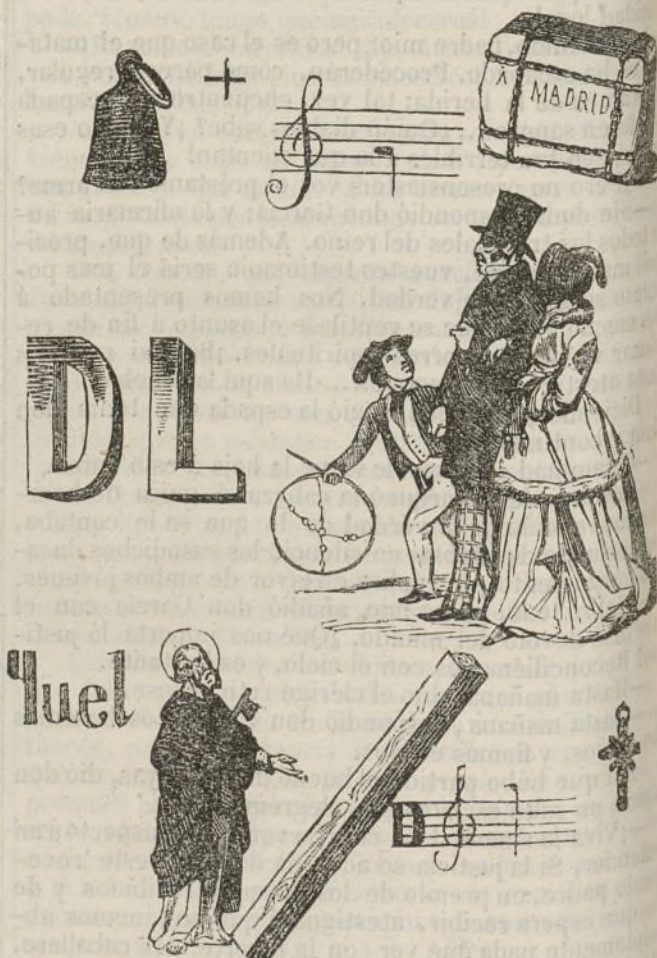
Una noche los hizo encerrar en una de sus granjas, mandando que cerrasen las puertas con cuidado, y cuando calculó que todos dormirían, mandó pegar fuego á la granja, lo cual se ejecutó tan puntualmente que no escapó con vida ni uno solo. El historiador, despues de referir este suceso con la mayor frescura del mundo, y sin manifestarse siquiera sorprendido, se limita á decir: «¡Oh singular piedad y amarga dulzura que lleva «en si la mas bárbara de las crueldades! ¡Oh misericor- «dia inmisericordiosa!» Solamente se echa de menos que no dice nada de si la princesa de Mubaut llevó en su seguimiento despues de esta bazaña tan numerosa clientela.

Mr. de Lepoitevin, célebre aereonauta que est államando la atencion en el Hipódromo de Paris con sus ascensiones periódicas, despues de elevarse en su globo á caballo remediando á don Quijote y Sancho Panza, acaba de hacerlo con dos jóvenes colgadas del canastillo, y ligeramente vestidas con alas, imitando dos genios que dirigan su vuelo al cielo. Esta prueba arriesgadísima, produjo gran ansiedad en los espectadores, pero ha tenido los mas felices resultados.

ANTE TODO LA CONSIGNA.

Un centinela de la guardia de palacio colocado al pie de una de las escaleras, recibió en cierta ocasión la consigna de no dejar subir por ella á nadie. A poco rato se presentó un caballero en el dintel de la puerta en ánimo de atravesarla: «¡Atrás! gritó el soldado; no puede pasar nadie.—¿No me conoces?... soy Cerezo, de la servidumbre de S. M.—Aunque fuera vd. Alcornoque, replicó el centinela, le digo que no pasaria: ante todo la consigna.»

LOGOGRIFO.



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

Solucion del inserto en el número anterior.

No se rebaja el valor ó precio de un cuadro por viejo, sino al revés, sube de punto.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8